

BUENOS,
MALOS Y
REGULARES

ESTAMPAS SANMIGUELENSES

LEOPOLDO DE SAMANIEGO

MEXICO

1969

Leopoldo de Samaniego

**BUENOS,
MALOS Y
REGULARES**

Estampas Sanmiguelenses

MEXICO

1969

Tiro: 2,000 ejemplares

Marzo de 1969

Editado por NORTE Revista Hispano-Americana

PRIMERA EDICION

IMPRESO EN MEXICO
PRINTED IN MEXICO

IMPRESA-OFFSET-ENCUADERNACION

"La Impresora Azteca", S. de R. L.—Poniente 140 N° 681, Col. Industrial
Vallejo. — México 16, D. F.

*A mis primos, el licenciado don Fre-
do Arias de la Canal y profesor don
Miguel Malo y Zozaya, con mi cari-
ñoso afecto.*



*Apunte de
Leda Arias de la Canal*

Prólogo

Hay una diferencia substancial entre risa y sonrisa. Risa es abierta alegría; aunque en Cerdeña, donde pasé año y medio, me contaban el origen de otra risa, ominosa y trágica: la risa sardónica. En tiempos antiquísimos faltaba el alimento en la isla, y los ancianos tenían que sacrificarse para que los jóvenes pudiesen sobrevivir. Al acercarse al ara donde tenían que inmolarlos sus propios hijos y nietos, y para que éstos sufrieran menos al verlos morir, los viejos sardos reían, reían.

La risa sardónica, la más amarga de las risas, y la risa jovial y alborozada, que es la más humana de todas: la risa de todos los días, no se hallan en la obra de Leopoldo de Samaniego, BUENOS, MALOS Y REGULARES. En este libro delicioso se encuentra, por lo contrario, y con singular profusión, la sonrisa.

No hay ruido en la sonrisa, como en la carcajada; no hay explosión de hilaridad, sino algo mucho más sutil: la discreción, la gracia, la sabiduría. A cada momento —y este no es poco elogio— durante la lectura del libro de Samaniego nace espontánea la sonrisa, y con ella una simpatía mezclada con añoranza, por el pequeño mundo antiguo de San Miguel de Allende que el autor nos describe con cariño filial, y a menudo con leve y cordial ironía.

La prosa de BUENOS, MALOS Y REGULARES es de muy buena casta: su “difícil facilidad”, debida a paciente búsqueda de los vocablos apropiados; la riqueza de su léxico, sin alarde de alta cultura humanista (que su autor, sin embargo, posee); los efectos literarios que logra página tras página; su humorismo siempre ágil, nunca agresivo, colocan a Leopoldo de Samaniego en un lugar dignísimo entre los escritores de lengua castellana. Pero hay más: la nobleza esencial del autor, su indulgencia, su sen-

tido humano que se manifiestan constantemente en las páginas de este libro.

Con todo, no fue necesaria para mí su lectura para convertirme en un enamorado más de San Miguel de Allende; hace más de un cuarto de siglo conocí la ciudad, y fue un amor a primera vista: la atmósfera, la gente, la fiesta del Arcángel, las puestas de sol, todo San Miguel. Quise echar raíces allí, volverme un sanmiguelense más. Compré un terreno de mil metros, con la intención de construir una casita. Los mil metros, todavía baldíos, están esperándome. La vida pasa; yo radico en Cuernavaca y me quejo amargamente de no tener el don de la ubicuidad.

Pero al escribir unas palabras de introducción a este libro de reminiscencias, nueva siembra de nostalgia por un México que desaparece, lo hago a fuer de sanmiguelense; y deseo que los lectores saboreen la prosa de Leopoldo de Samaniego tanto como la gocé yo: con una constante sonrisa en los labios, mezcla de regocijo y de melancolía.

GUTIERRE TIBÓN.

I



Mí ME toca el apellido Malo por mi bisabuela materna que lo llevaba; de bueno tengo poco o casi nada y, por lo tanto, me quedo entre los regulares, aunque así parezca cosa de risa, hubo en mi tierra gentes de apellido Bueno y Malo, como ya contaré más adelante.

Los Malo de mi raza y todos los malos que en el mundo han sido, según lo cuenta “Ranilla”, cronicón viviente de la familia, tienen sangre andaluza y son, por ende, dicharacheros y simpáticos, si bien, conserven la apatía de todos los oriundos de las tierras que riega el Guadalquivir.

Mi bisabuela fue menudita, de cutis terso, como de porcelana de Sajonia, ojos de un azul que ya no se usa y pelo totalmente blanco.

Aunque no era la mayor de su familia, ejercía sobre sus hermanos, hijos y nietos, un matriarcado indiscutible. Su casa era el centro de reunión de cuantos llevaban su apellido directa o indirectamente. Ella presidía la tertulia en su recámara, de la que salía pocas veces, sentada a la vera de su cama en una silla bajita, de asiento de tule, de aquéllas que se llamaron de “pera y manzana” y llevaba la batuta de la conversación.

—Cuando el señor obispo —aludía a don José María de Jesús Díez de Sollano y Dávalos, primer obispo de León y nativo de San Miguel—, vino a pedirme a Pancho. . .

—¿Cómo, mamá grande, pues qué se quería ir de fraile?

—No, quería casarse y yo me oponía a que lo hiciera.

Y, en efecto, el ilustrísimo y reverendísimo señor, que además de obispo fue Conde de Casa Loja y que puebla la leyenda sanmiguelense con las flores de lis de su escudo nobiliario, su sapiencia, su santidad y la gran amatista de su anillo episcopal, había ido a pedir la mano de mi tío Pancho, como si se tratara de la de una doncella, ante las negativas de mi bisabuela para que contrajera matrimonio. Ella sabía por qué.

A la buena señora no le quedó otra cosa que darlo, como había ido dando a sus hijas y después a sus nietas, que al quedar en la orfandad vivieron bajo su amparo. Las dio, claro está, sin necesidad de intervenciones episcopales.

Marianita —le dijo una vez uno de sus abogados, que resultó ser el abogado del diablo—, como no he echado jamás una mancha sobre mi familia . . .

—No, claro, una mancha no —contestó la viejecita— nada más le echó todo el tintero.

Así era ella: llena de ocurrencias graciosas, simpática, bondadosa, aun cuando intransigente en muchas cosas.

Vio llegar el final de sus días, ella que había sido muy rica, si no en la miseria, sí en una penuria decorosa. No se doblegó jamás, ni nunca pidió nada a nadie. Aceptaba lo que sus hijas, nietas y yernos le daban en forma disimulada para no ofenderla.

Pasó de esta vida terrenal a la eterna, a los ochenta y tantos años de su edad, viendo pasar a las gentes tras de los cristales de su ventana, diciendo gracejos y rezando triduos y novenas.

Yo fui su primer bisnieto varón y ello me otorgaba fueros y privilegios, tales como jugar con sus pisapapeles antiguos, que dejé hechos una lástima; destapar los frascos de sus esencias y recibir al despedirme, siempre que la iba a visitar, un décimo de plata nuevecito, que ella guardaba con otras monedas menudas en un pequeño talego de ixtle, de los llamados “shitas”, para obsequiar a la chiquillería y socorrer a sus pobres.

Mis tías y mis primas me tenían celos y en vez de décimos me regalaban de vez en cuando con un coscorrón o con un tafite, cuando les parecía que no obraba tal como debiera.

II



LA ENFERMEDAD que me dejó claudicante para toda la vida —siempre me chocó la palabra cojo— se manifestó cuando apenas si contaba yo unos cinco años de edad. Trataron de curarme todos los médicos del pueblo, en cuenta el doctor don Ignacio Hernández Macías, que fue quien me trajo al mundo con la colaboración de la única comadrona del pueblo y que respondía al profético nombre de Cesárea.

Me llevaron a Querétaro; luego a la capital de la República; se gastaron muy buenos pesos “de aquellos” en médicos y medicinas y todo resultó inútil. ¡Ya estaba de Dios que me quedara renco para siempre!

Ante el fracaso de los galenos, coludidos con los boticarios para sanarme, se recurrió al Hermano Marcos, quien, amén de ser capitán de todos los danzantes que año con año bailaban en el atrio de la parroquia el 29 de septiembre, para honrar al santo tutelar y titular de mi tierra, era un afamado curandero.

Vino, pues, a mi casa el legendario Marcos y comenzó a sobarme la pierna enferma con una untura negra, cuyo olor tengo todavía en las narices a pesar de los muchos años transcurridos de entonces acá y lo único que logró fue que tomara enemiga perpetua a los danzantes.

Marcos tenía la tez de subida color oscura, era granujiento y mal encarado y se presentaba a sobarme ataviado con el clásico indumento de los de su casta, indumento que ha variado poco hasta nuestros días: haldillas rojas, camisa verde, gran penacho

de plumas multicolores, sujeto a la greñuda testa con un cerquillo de pequeños espejos y en bandolera la clásica vihuela hecha de conchas de armadillo. Para mí era Marcos la encarnación del Enemigo Malo, como llamaban al diablo las criadas de mi casa y las viejecitas chocolateras que nos visitaban.

Y también el Hermano Marcos tuvo que darse por vencido.

Ante tanto fracaso, mi bisabuela tomó las cosas por su cuenta y un buen día, ella con el inseguro paso de sus muchos años y yo con el mío de cojo en potencia, nos dirigimos al templo de la Salud, en el que se venera la imagen de San Gonzalo de Amarante.

—Ya verás, ya verás, m'hijito, como ahora sí sanas —me decía la viejecita mientras íbamos camino al templo.

Una vez dentro del recinto sagrado, me tomó de las manos y frente a la efigie de San Gonzalo comenzamos a bailar algo que debe haber sido un minué caricaturesco, mientras ella cantaba una tonadilla cuyo son me ha hecho olvidar el tiempo:

*“San Gonzalo de Amarante,
tú que pasastes el mar,
préstame tu puentecito
para que pueda pasar...”*

—Canta, canta, mi cielo...

Y yo también canté; pero, ¡ni por ésas!

Años después y ya siendo mozo, oí la misma tonadilla y los mismos versitos cantados por un compañero de “poker”, que pedía a San Gonzalo le permitiera pasar con ventaja en las manos del juego. Sin duda no lo escuchó el santo, porque no había bailado ante su imagen y perdió. Yo que si había bailado, gané como quinientos pesos.

III



BUENO... hablemos algo más de los Malo.

Fueron, los de la rama de mi bisabuela, Malo y Herrera, grandes devotos de San Miguel Arcángel, "tutelarís, titularís" de la ciudad que lleva su nombre. En cada una de sus casas tenían una imagen del Príncipe de la Milicia Celestial esculpida por famosos imagineros; el 29 de septiembre era gran día para ellos y bautizaban a sus hijos con su nombre.

Miguel se llamó el hijo mayor de la familia y se le decía "mi tío grande"; el que le siguió en turno se llamó, también, Miguel y se le conocía como "Miguel de en medio"; un hermano menor llevó el mismo nombre y era "mi tío chico" y Migueles hubieran sido todos los varones, si hubiera habido más. No sucedió así y hubo después de ellos toda una teoría de mujeres. Entonces y para que la cosa no cerrara en falso, una de ellas se llamó Micaela.

Era la tía Quela; y la tía Quela se quedó solterona, se le avinagró el carácter y constantemente daba pezcozones a sus sobrinas por quitame allá esas pajas.

Tenían los Malo Herrera en propiedad, desde hacía muchos años, la famosa hacienda de Puerto de Nieto. Mi bisabuela fue a pagarla a México, cuando la compraron, llevando buenas talegas de pesos en un quitrín y con un valor que hay admirar, pues los tiempos eran calamitosos, los vehículos incómodos y el riesgo de desvalijamiento por los caminos, latente.

En la Cuesta China, a la salida de Querétaro, operaba "La

Carambada”, famosa capitana de ladrones de pelo en pecho que al grito de “azorrillense” dejaba sin blanca a los viajeros.

Por largos años fue Puerto de Nieto sostén y ornato de los Malo Herrera. Era, quizá, la hacienda más grande de la jurisdicción de San Miguel; sus tierras eran de “pan llevar” y sus cosechas opimas.

La administraba mi tío Pachito, que lo era también de los múltiples Migueles y a cuyo nombre estaba escriturada la finca. Un día se le ocurrió morir de “cólico miserere”, que era de lo que entonces se moría la gente, como hoy se muere de cáncer, y al morir se armó la de Dios es Cristo.

Nunca se preocupó el buen señor de hacer testamento, ni a sus deudos tener sus papeles en regla.

Morirse el tío Pachito e iniciarse un pleito por Puerto de Nieto entre los Malo Herrera y los Malo Guerrero, sus primos hermanos, todo fue uno.

El pleito duró muchos años y en él intervinieron enjambres de abogados llegados a San Miguel de todos los ámbitos de la república; se gastaron miles de resmas de papel, sabrá Dios cuántos pesos en estampillas, que entonces eran necesarias para litigar, infinidad de plumas y de litros de tinta de huizache.

Los demandantes se valieron de buenos abogados sin escrúpulos; los demandados, aparte de que sus representantes resultaron venales, confiaron para ganar el pleito, más que en nada, en el patrocinio de San Miguel Arcángel y en las peticiones de justicia, que escritas en pequeños pedazos de papel, le prendían en sus respectivas casas: “Ayúdanos, Santo Príncipe, contra los sivergüenzas de nuestros primos, que nos quieren robar la hacienda”.

Sin duda el buen arcángel andaba muy ocupado dando espadaños al diablo, porque no pudo favorecer a sus devotos que perdieron el pleito.

Lo más curioso del caso, es que una de las descendientes de los gananciosos, mi tía doña Luz Malo y Lartundo, contrajo matrimonio con un español apellidado Bueno y así resultó que la hacienda de Puerto de Nieto, que por luengos años había sido de los Malo, pasó, con el correr del tiempo, a ser propiedad de los

Bueno y más tarde a manos de los Bueno y Malo o Regulares, como las lenguas finas de San Miguel llamaban a los descendientes de la pareja.

Esta rarísima combinación de apellidos, dio lugar a que Ripley hiciera figurar en su famosa serie de cartones "Aunque Usted no lo Crea" a mi primo Miguel Bueno y Malo, gastando largos mostachos y tocado con un sombrero con bolitas pendientes del ala, como suelen usarse en California.

IV



RA COSA de rigor: apenas pasado mi cumpleaños, que es en abril, caía yo en cama víctima, por lo menos, de una infección intestinal, como consecuencia de la celebración de mi venida al mundo, en la que mi buena madre me agasajaba “a qué quieres boca”, con chiles polkos, carne de puerco en adobo, postre amarillo y, en fin, con toda la gama de la cocina nuestra que es tan sabrosa y tan irritante.

Pagaba la alcabala que la naturaleza cobra a quienes tienen buen diente y me pasaba ocho días entre purgante, lavativas y termómetros, aunque contento de no ir a la escuela y confortado con las visitas de mis tías y primas.

A quien más me gustaba ver a la vera del lecho, era a mi tía Mariana, hermana de mi abuela, que era buena como el pan y llena, como su madre, mi mamá grande, de dichos y de ocurrencias.

Quizá fue mi tía, de todas su hermanas, la que heredó el grajejo de la sangre andaluza que traían los Malo.

Apenas tuve uso de razón, me hizo Cochero de Nuestro Amo, aunque mis funciones como tal se concretaban a velar cada uno de los tres famosos Jueves del Año, que son: Jueves Santo, Corpus Christi y el Jueves de la Ascensión, pues ya la estufa o coche del Divinísimo, estaba apolillada y con una rueda de menos y el viático iba a pie en manos del cura, presidido por un monago que tocaba la campanita consagrada y sostenía con la siniestra

mano un farol con una vela encendida, subiendo y bajando por las empinadas calles de la población.

Si llovía o hacía mucho sol, acompañaba a estos personajes un mozo provisto de un enorme paraguas, que para el caso, había regalado a la parroquia don Braulio Zavala, Administrador Principal de Rentas del Estado, puesto que desempeñó durante todo el tiempo del general Díaz.

Pero, volvamos a mi tía: llegaba ella a mi casa al filo de las ocho y media de la noche o sea a las “ocho chiquitas”, como se conocía en San Miguel el toque de ánimas que doblaban las campanas de la Santa Casa de Loreto por el eterno descanso de las almas de los señores De la Canal, fundadores del templo y benefactores eméritos de la ciudad, mis antepasados directos y de quienes diré de paso que jamás fueron condes.*

—¿Cómo sigues, hijo? —me preguntaba mi tía.

—Muy malo, tía. ¿No me moriré?

—¡Que te vas a morir, hombre! ¡Pero quién te lo manda por tragón!

Y se enredaban ella y mi madre en una conversación llena de comentarios sobre noviazgos de las sobrinas, sobre matrimonios en puerta, novenas, santos e indulgencias y el estado del tiempo.

Yo me adormilaba pensando en que, si me moría, tal vez me iría al cielo, pues no tenía pecados mortales en mi conciencia y

* *El pueblo de San Miguel dio el título de condes a los señores De la Canal por los múltiples beneficios que derramaron en lo que fue San Miguel el Grande. Doña Josefa de la Canal y Landeta, mujer legítima y conjunta persona de don Narciso María Loreto de la Canal y Landeta, Coronel de Dragones de la Reina en la Villa de San Miguel el Grande en su información rendida ante los jueces que juzgaron a su esposo dijo lo siguiente:*

“Los expresados buenos servicios han sido aseptos á nuestros Soberanos que han concedido á nuestros ascendientes Mercedes de Habitos, y otras; siendo la última la de Título de Castilla que sin pretenderla le dirigió S. M. á mi Marido por conducto del Exmo. Señor Virrey Dn. Jose de Yturriagaray expresando que le hacía aquella Real gracia en atención á sus servicios y á los de sus antepasados. Consta esto del Oficio en que se lo participó el expresado Exmo. Señor Virrey, y que no se presenta ahora por no tenerlo aquí; pero se protesta persentarlo.”

Empero y seguramente por la participación de don Narciso María Loreto de la Canal en las acciones de la Independencia el 16 de septiembre de 1810, participación que fue decisiva en pro de la causa de la libertad de México, el título de Castilla no llegó a tener efecto.

los veniales, ya se sabía, se perdonaban, como lo dice en su catecismo el Padre Ripalda: “por una de estas nuevas cosas” cada una de ellas sencillísimas y fácil de practicar.

Por fin, se iba mi tía, dejando mi recámara impregnada de un aroma de agua de Colonia o de Kananga del Japón, limpio e indefinible y me decía cariñosa:

—No te preocupes, en unos cuantos días más, estarás de correr y parar y no se te olvide: “pujos por abril y mayo, salud para todo el año” . . .

V



ARO ERA el día en que mi tía Mariana no visitaba mi casa o nosotros la suya. La de ella era de las más antiguas de San Miguel; tenía dos pisos y los bajos, con un gran patio y fuente cantarina, olían siempre a caballo. En los altos, en cambio, se respiraba un aroma mezcla de Agua Florida, Korilópsis y Anona, esencias que estaban de moda en aquel tiempo.

Mi tía había casado con su primo hermano, don Luis Malo, que fue équite durante toda su vida, a grado tal que siempre se le vio vestido de charro. Sólo cambió este atavío el día de su matrimonio en que tuvo que vestirse como todo el mundo por exigencias que en la época no podían pasarse por alto. En los días grandes lucía un pantalón de siete aletones con ostentosa botonadura de plata.

Mi tío tuvo muchos caballos, pero sus predilectos eran El Troyano y El Troyanito, dos alazanes tostados que había que ver. El hombre era un consumado jinete, lo que no fue parte a que un día El Troyano diera con él en tierra. Cuando le preguntaron a que se debía el percance, contestó muy serio: nada, señor, que me falló un resortito.

Llegó la Revolución y con ella la pela de todo género de cabalgaduras, en cuenta las mulas de la estufa del Santísimo, que aunque ya hacía años y felices días que no tiraban de ella, engordaban en las caballerizas del curato.

Naturalmente que los pencos del tío Luis también fueron víctimas de la "bola", aunque se dio mañas para salvar a El Troya-

no, al que emparedó bonitamente en un cuarto de su casa que mandó tapiar, dejando una claraboya para dar al animal agua y pienso.

Pasaron los días y por la claraboya salían olores que no eran, por cierto, a ámbar y se oían los relinchos del jamelgo, lo que dio pie para que algún “amigo de la causa” o enemigo de mi pariente, lo denunciara a las autoridades militares, cuyo jefe, ni tonto ni perezoso, mandó una escolta para que se apoderara del cautivo y lo incorporara a la caballería del ejército. Llegaron los soldados, echaron abajo el muro que aprisionaba al Troyano y lo pusieron en libertad; pero el penco, bien sobrado por los prolongados días de encierro, salió bufando y repartiendo coces, con gran mengua de tres o cuatro de sus libertadores.

Mi tío se enfureció, naturalmente, y puso a quienes se llevaron al caballo, como Dios puso al perico.

Días después del suceso, visitamos a mi tía y luego de los consabidos y obligados comentarios sobre la carestía de la vida, la escasez de las criadas, los triduos y las novenas, salió a relucir la historia del Troyano.

—¡Válgame Dios —decía mi tía a mi madre— imagínate nada más que nunca en mi vida he oído tantas y tan horribles malas razones como las que Luis les dijo a los que se robaron al caballo!

—¿Y tú qué hacías, tía? Porque eso debe haber sido horrible...

—Pues nada, hija. ¿Qué querías que hiciera? Luis una insolencia y yo una jaculatoria.

¡Oh poder divino de la fe que anidaba en el alma ingenua y devota de mi buena tía Mariana! ¡Oh poder divino la de las damas de entonces que “cortaban” las culebras o trombas tocando una campanita consagrada y rezando la Magnífica!

VI



UVO MI tía Lupe Malo, hija de mi “tío chico”, gran afición a los animales desde los días de su infancia y así crió canarios, perrillos falderos, ardillas y palomas. Empero, nunca tuvo afición a los gatos. Ya en los días de su senectud, hacían su delicia una pareja de palomos: eran Fanor y Alieta, nombres que debe haber sacado de algún novelón romántico o del “Presente Amistoso a las Señoritas Mexicanas”, que con deliciosas láminas a colores iluminadas a mano, dio a la estampa Cumplido a mediados del pasado siglo.

Jamás hubo palomas más consentidas, ni más cariñosas, ni más obedientes.

—¡Fanor! . . .

Y venía el palomito a comer en las manos de su dueña.

—¡Alieta! . . .

Y la palomita dulce y zureadora acudía haciendo currucucú.

Mi tía creía en Dios y adoraba a sus palomos.

Uno de tantos días fue mi deuda a mi misa cantada y de tres padres y, por lo tanto, larga, y mientras, Miguelito su sobrino, tuvo la ocurrencia de llevar un gato a la casa. El gato era persa, pero, para el caso, lo mismo hubiera dado que se tratara de un gato de azotea.

Verse el minino en el patio y echar mano a Fanor y Alieta, todo fue uno: se los zampó en un dos por tres, sin dejar ni las plumas y allí comenzó el sufrir de Miguelito.

—¿Qué haré —se dijo— ahora que vuelva mi tía y no encuentre a Fanor y Alieta?

Y rápido se dio a visitar todas las iglesias de San Miguel, que pasan de veinte, habló con todos los campaneros y sacristanes, subió a todas las torres y buscó por todas las cúpulas un par de palomos que tuvieran la pinta de los que se había comido el gato, bicho al que corrió a palos después de consumada su fechoría.

Por fin, después de mucho caminar y de subir y bajar torres y cúpulas, consiguió en la Santa Escuela unos palomos, que si no eran exactamente como los desaparecidos, sí se les parecían muchísimo. Llegó a la casa feliz con ellos, les cortó las alas y los soltó en el patio.

Acabó, por fin, la misa como todo se acaba en este mundo y lo primero que hizo mi tía al entrar a su morada, fue dar voces llamando a sus palomitos.

—¡Fanor!... —Pero Fanor se había encaramado en la copa de un naranjo.

—¡Alieta!... —Mas Alieta, pese a sus cortadas alas, había logrado subirse hasta el copete de un altísimo ropero, de aquellos en que podía guardarse la existencia de todo un cajón de ropa, como se llamaban entonces los almacenes que vendían telas.

—¡Válgame Dios, Miguelito!... ¿Qué tendrán mis palomitos que no me hacen caso?

Con mil y tantos trabajos logró mi primo echarles mano a los palomos, valiéndose de un gran plumero y los puso en las de mi tía, que los bichos picotearon a todo su sabor, hasta hacerle brotar la sangre.

—¡Jesús, Miguelito!... Tráeme árnica y agua bendita, porque no me acordaba, y ahora caigo en la cuenta, que hoy es 24 de agosto, día de San Bartolomé.

En efecto, ese funesto día era el aniversario de la matanza de los hugonotes, fecha en que, según la tradición, el Enemigo Malo andaba suelto haciendo de las suyas por todas partes.

VII



INVENTÓ mi “tío grande” toda una teoría de cuentos de gran imaginación y era tan fecundo en estos menesteres que, a su lado, el famoso barón de Mulhäusen era un niño de teta. Tengo una vaga idea de mi pariente, pues murió siendo yo todavía un niño; pero no faltó quién me contara sus donosas ocurrencias.

Según me han dicho, era bajito, gastaba una gran piocha y le brotaba la sangre andaluza. Era la suma y compendio de la exageración y de las mentiras.

Una vez que los Malo Herrera perdieron la hacienda de Puerto de Nieto, su conversación giraba siempre en torno de ella y era su tema favorito, aunque no llegó a trastocarse con la malaventura como le ocurrió a su sobrino don Francisco de Paula Láambarri y Malo.

Quienes le oyeron, me contaron que una vez refirió muy en serio, cómo habiendo salido una madrugada de la hacienda en cuestión, montado en uno de sus caballos más finos, llegó a San Miguel caballero en la mitad del penco.

—Pero, ¿cómo puede ser eso posible, don Miguelito? —le dijeron.

—¡Vúlgame Dios! ¿Pero cómo no?

—Pues si tal cosa es imposible...

—¡Vúlgame Dios, pues es tan cierto como el sol que nos alumbra!

—Bueno, ya que usted se empeña...

—¡Vúlgame Dios!... —Porque mi tío siempre quería que

Dios le valiera, aunque dijera “vúlgame” en lugar de válgame.

—Pues verá usted, ¡vúlgame Dios! Salí yo una mañana muy temprano de Puerto de Nieto montado en mi mejor caballito que tenía un tranco muy parejo y precioso y hacía con sus pezuñitas: Zacatecas... Zacatecas... Zacatecas...

—¿Cómo, don Miguelito?

—Si hijo: Zacatecas... Zacatecas... Zacatecas... con sus cuatro patitas. De repente se nubló el cielo, oí el trueno de un rayo y oí a chamuscado.

—¿Se le había quemado el poncho, don Miguelito?

—No hijo... ¡Vúlgame Dios!... Lo que pasó fue que mi caballito ya no tranqueaba como antes: ya no hacía Zacatecas... Zacatecas... Zacatecas, sino nada más Zaca... Zaca... Zaca...

—Pues, ¿qué le pasó?

—Nada, hombre... ¡Vúlgame Dios!... Que el rayo le había llevado los cuartos traseros; pero como el animal era muy noble; siguió caminando hasta San Miguel y así llegamos... ¡Vúlgame Dios!... ¿No te parece un milagro?

En otra ocasión, dicen que refirió cómo habiendo salido muy de mañana de Puerto de Nieto montando en otro de sus caballos, al llegar a Cerritos, que está a la mitad del camino y como comenzara a clarear el día, se percató de que había ensillado a uno de los grandes puercos de su engorda y venía cabalgándolo orondamente.

Perdido el pleito de Puerto de Nieto y viudo ya, vivía al lado de su único hijo varón, mi tío Luis, dejando pasar la tranquilidad de sus días en la apacible del pueblo, mintiendo inocentemente en sus diversas tertulias, con la serenidad y el aplomo de quien cuenta verdades de a folio.

Murió ya longevo, como casi todos los de su casta, en la paz del Señor y encomendando su alma al Príncipe de la Milicia Celestial, de quien llevaba el nombre y era tan devoto.

Él debe haberle librado de las garras del Enemigo Malo.

VIII



NO HUBO en San Miguel un tipo más pintoresco, ni más escrupuloso, ni más polifacético que don Manuel de Sautto y Sautto, cabeza de numerosa y rancia familia. Fue rico, poeta, violinista, dramaturgo, suegro de media población, abuelo de otra media y hombre influyente, así con el Venerable Clero secular y regular, como con el Supremo Gobierno. Fue suegro del eterno Jefe Político y tío del Diputado perpetuo en la época de don Porfirio.

Escribía unos culebrones, muy morales, que hacía representar en el patio de su casa transformado en teatro, en los que tomaban parte sus numerosos hijos e hijas, muchos sobrinos y algunos amigos de la familia, y al terminar la representación se agasajaba a cómicos y asistentes con un delicioso refresco.

Compuso para cada uno de sus hijos e hijas, cuando se iban casando, un epitalamio en verso que él mismo leía en el banquete de bodas:

*“Tú lo quisiste, Julián,
tú lo quisiste, Consuelo:
por fin, bondadoso el cielo
ha colmado vuestro aján...”*

Así rezaba el que dedicó a una de sus hijas y al que, andando el tiempo, habría de ser general revolucionario, don Julián Malo Juvera. Don Manuel había leído, seguramente y muchas veces, el drama fantástico-religioso de don José Zorrilla “Don

Juan Tenorio”, y como el famoso lector de cámara de Maximiliano enristraba “afanes” a porillo, cada vez que le faltaba una consonante.

También se aferraba don Manuel en moralizar a sus coteráneas, pues era el único agente en San Miguel de “La Moda Elegante”, única revista para damas de la época y antes de repartir los ejemplares entre sus suscriptoras, subía cuidadosamente los escotes de los figurines, bajaba las mangas que le parecían altas y extendía las faldas “hasta el huesito”, siempre que, en su opinión, le parecían deshonestas las vestiduras. Para ello se valía de un pincel que mojaba en tinta de China.

Además, si en alguno de los novelones que publicaba la revista aparecían las palabras amor, pasión, beso o cualesquiera otras que tuvieran relación con Cupido, las tachaba cuidadosamente y así, cuando “La Moda Elegante” llegaba a manos de las señoras y señoritas sanmiguelenses, iba debidamente corregida y no podía ser ocasión de pecado, dejando limpia la conciencia de don Manuel.

¿Qué por qué no protestaban las suscriptoras? ¡Cualquiera se hubiera atrevido a hacerlo siendo como era él una persona de tanto respeto y con tantos y tan diversos valimientos!

Fue don Manuel dueño de la hacienda de “La Venta” y en ella tenía una tienda —seguramente de raya— llamada “El Gu-yasguti”. El nombre del establecimiento se ilustraba con la figura de un animal, pintada a todo color, con cabeza de mujer, cuerpo de león, pelambre de tigre, cola de serpiente, garras de águila y quién sabe cuántas incongruencias más. Era un producto de la imaginación del bueno de don Manuel, quien fue uno de los últimos ejemplares de aquellas viejas familias patriarcales de San Miguel, que no llegaron a ver la decadencia de sus casas.

Pasó por este mundo sin hacer mal a nadie y sí creyendo que había hecho muchos bienes retocando “La Moda Elegante” y todos los libros de su bien nutrida biblioteca.

XI



PARTE DE la tía Quela, solterona, hubo otra tía Micaela en la progenie de los Malo, mi tía Mique, progenitora de otro tipo pintoresco de San Miguel: Salvador de Sautto.

Las ocurrencias de Salvador llenan todos los días de mi puericia y participé en algunas de ellas, ya que somos contemporáneos, con un año de diferencia a mi favor.

Salvador tenía amores con una chica e iba a “echar reja”, como se designaba en mi tierra al castizo “pelar la pava”, casi todas las noches, en mi compañía y la de otro amigo mutuo, que lo esperábamos en la esquina a que terminara de conjugar el divino verbo.

Una de tantas noches volvió a nuestra vera mustio y alicaído, diciéndonos que había reñido con la novia.

—No te apures, hombre... ¡Ya verás como se contentan! —le dijimos.

Pero Salvador no nos hacía caso y daba rienda suelta a su pena, diciéndonos que fuera de aquella muchacha no habría otra para él en su vida.

En esto, alcanzó a pasar frente a nosotros un organillero con su pesado fardo a cuestras. Verlo Salvador y llamarlo, fue todo uno.

—Oyeme —le dijo —¿tocas “Cuando el Amor Muere”?

—Sí patrón —respondió el del cilindro.

—Y, ¿a cómo cobras la pieza?

—Bueno: por ser para usted, a dos centavos.

—Correcto: échame un peso, pero no le cambies.

Y comenzó el del cilindro a darle a la manivela. Para entonces ya nos habíamos acercado con el del organillo a la casa de la novia de Salvador y “Cuando el Amor Muere” se repetía y se repetía en forma azás molesta.

Iríamos por los veinticinco centavos, cuando se abrió la ventana y apareció la muchacha dispuesta a hacer las paces con nuestro amigo, compelida a ello por sus familiares que ya no soportaban las repetidas muertes del amor.

Hablaron Salvador y la chica y todo parecía estar arreglado, mas antes de que el organillero se echara sobre sus espaldas su pesado mamotreto, el feliz novio volvió a interrogarlo:

—Oye: ¿tienes en tu repertorio “Cuando el Amor Renace”?

—Sí, como no, jefecito. . .

—Pues, complétame el peso y échale un tostón más.

Aquello fue el acabóse y a la quinta o sexta ejecución, se oyó un fuerte ventanazo y por la puerta de la casa salieron los familiares de la novia provistos de escobas y cubetas de agua, para poner en fuga al cilindrero. Nosotros huímos también y así concluyó aquel musical noviazgo.

Corrieron los años y Salvador casó con una prima suya, muy a usanza de los Sautto y como no se avinieron, pidieron y obtuvieron el divorcio, que se decretó como a principios de diciembre, para ejecutoriarse a mediados del mes. Mas antes de consumarse la ruptura del vínculo matrimonial, Salvador fue a ver a su suegro y le dijo:

—Vengo a pedirle un gran favor: ¿qué no podría dejarme a mi mujer hasta el día último, para pasar con ella la Navidad y el Año Nuevo?

Pasó el tiempo, murió la señora y Salvador languidece ejerciéndola de notario de la parroquia y extiende boletas para matrimonios con sus mejores deseos que expresa calurosamente a novios y a novias, para que los futuros cónyuges sean felices.

X



MI TÍO DON Luis Malo, esposo de mi tía Mariana, fue de figura quijotesca y como el inmortal manchego “seco de carnes, enjuto de rostro y gran madrugador”, aunque, que se sepa, no fue amigo de la caza.

Ya hemos hablado de su gran afición y cariño por los caballos y hemos hecho conocimiento con El Troyano y con su hijo legítimo El Troyanito.

La figura de mi tío era proverbial y familiar en las noches sanmiguelenses, parado en la esquina de las calles en que vivía con la plaza principal, es decir: en la casa donde se dice que nació don Ignacio de Allende. Si no hubiese sido por su vestimenta, por el ancho sombrero con que se tocaba y por el poncho con que se cubría, se le hubiera tomado por la reencarnación del Caballero de la Triste Figura.

Ello no quiere decir, ni con mucho, que estuviese loco, como dice Cervantes que estuvo don Quijote, así mostrase ocurrencias geniales.

Una de tantas, estribó en comprar una pieza entera de calicot para que le hicieran calzoncillos. La cosa no hubiera tenido trascendencia, ni sería de contarse, si el hombre no se hubiera empeñado en que su esposa cortara la pieza entera y le hiciera tantas bragas como salieran de la enorme cantidad de tela, con la particularidad de que los tales calzoncillos deberían ser exactamente iguales a sus pantalones de charro.

—Bueno, Luis —le dijo mi tía— cortaré algunos de muestra para ver si te gustan.

—No —replicó él—, tienes que cortar toda la pieza.

—Pero Luis, van a encoger y todo será dinero, trabajo y tiempo perdidos.

Pero el hombre, quijotesicamente, dio y porfió en que se cortara toda la tela, a cuyo efecto mandó a su cónyuge que descosiera uno de sus pantalones para que sirviera de molde.

Se puso mi tía a la labor y después de descoser, cortar y coser durante días enteros, quedaron listas ocho o diez docenas de bragas, según lo quiso el buen señor.

Y sucedió lo que tenía que suceder: a la primera lavada, los calzoncillos encogieron en tal forma, que no hubo poder humano que los hiciera caber en las quijotescas piernas de mi deudo y la tela empleada en ellos sirvió más tarde y durante muchos años, para la confección de “gallitos” de plancha, trapos secadores y de sacudir y otros menesteres menudos y domésticos.

Por lo demás, mi pariente fue excelente persona y uno de los mejores charros no sólo de San Miguel, sino de Guanajuato entero, y todo el mundo sabe que de mi Estado son y han sido los charros que han hecho y hacen raya en toda la República. Fuera de la ocasión en que “le falló un resortito”, jamás se supo que sufriera percance alguno con los caballos, a los que dominaba como un consumado maestro de la charrería.

Fue el único hijo varón de “mi tío grande” y como charro no conoció en San Miguel más rivales que don Cenobio Lámberrri, otro de mis parientes y don Miguel Larrea, que fue comandante de policía durante todos los treinta años en que nos gobernó el señor Presidente don Porfirio Díaz y fue omnipotente, según nos dice Renato Leduc.

XI



DON JESÚS de Sautto y Sautto, hijo de don Manuel, el moralista corrector de “La Moda Elegante”, hay que guisararlo aparte. Casó con una prima hermana suya de los propios apellidos y de haber tenido pro- genie, sus hijos hubieran sido Sautto y Sautto y Sautto y Sautto. . . ¡y siga usted echando Sauttos a placer!

Si su padre tocaba el violín, él tocaba todos los instrumentos de cuerda y de viento, pero se especializó en el clarinete. Sin tener necesidad, se le veía soplándolo en las serenatas que jueves y domingos daba la banda municipal en el jardín; en las representaciones de las comedias que escribía y hacía representar su padre y en el teatro “Angela Peralta” cuando alguna compañía de cómicos de la legua hacía alguna temporada.

Llegó a San Miguel una de ellas y don Jesús se prendó de la más atractiva de las suripantas y decidió seguirla por el ancho mundo tocando el clarinete.

Les fue mal a los cómicos, terminaron los amores de don Jesús y el buen hombre dio con sus huesos en la ciudad de México. Agotados sus recursos y no valiéndole su arte musical en la capital del país para maldita la cosa, decidió acudir al auxilio de los suyos.

Su esposa, claro está, no quería saber nada de él; su padre, menos, dadas sus ideas moralizadoras y el motivo bien conocido de la ausencia de su hijo y así menudearon cartas y telegramas que quedaron sin contestación.

Hospedose don Jesús, en una casa de huéspedes de las calles

del Gorrión. La necesidad llamaba angustiosamente a sus puertas y el hambre le hacía gruñir las tripas.

Empeñó, pues, el clarinete para salir de apuros, mas a punto de agotarse el importe del préstamo, envió el último telegrama a los suyos concebido en los siguientes términos: "Muérome hambre. Empeñado clarinete. Contesten con sí o con no, Gurrión 5". Sí, no es errata: puso "gurrión".

Se apiadaron de él y le enviaron dinero para el regreso.

A don Jesús le dio por todo y lo mismo se pasaba las horas muertas observando moscas, mosquitos y otros insectos en un microscopio, que ensayando toda la noche trozos de ópera con el clarinete o bien se vestía con hábito de franciscano y se sometía a cruentas penitencias, pues, a ratos, sentía un santo horror por las penas del infierno, lo que no le impedía rendir culto a Baco pocos días después y gozar los placeres de la buena mesa.

Dio, por último, en la flor de vigilar el peso de su esposa y mandó colgar unas balanzas enormes del techo de su recámara y por filo de la media noche pesaba a su cónyuge en traje paradisiaco, y si había subido o bajado una sola onza, con relación a su peso anterior, tenía con ella una gran bronca y al día siguiente regulaba su dieta, suprimiendo o aumentando un bolillo o dos de la ración acostumbrada.

Don Jesús dilapidó su fortuna, como lo hicimos tantos sanmiguelenses que otrora fuimos "riquillos de pueblo", pero vivió feliz tocando el clarinete y "andando la misión" lo que es, como él decía: "Enamorar sin pasión / beber, sin emborracharse / jugar, cuando haya ocasión / caminar y no cansarse. Esto es andar la misión / quien no siga el cartabón. . . ¡Pues tendrá que fastidiarse!"

XII



ARAS Y pocas veces tenía que intervenir en la vida pública la policía de San Miguel en los tranquilos tiempos de don Porfirio: aplicar, de vez en cuando, la ley de la vagancia a unos cuantos pobres diablos; meter a la cárcel de mujeres, llamada “Las Recogidas” a “La Pistioja”, pintoresca “moza del partido”, que pescaba unas papalinas de órdago y cuidar que no les pasara nada cuando empinaban el codo más allá de lo natural, a algunos de los catrines de la localidad, especialmente por los días de San Miguel, en que había tapadas de gallos, con sus correspondientes cantadoras y sus respectivas mamás, juegos de azar y otras diversiones que han pasado a la historia.

Los policías, popularmente llamados “cuicos” eran tres o cuatro; los “serenos” o policías nocturnos, cinco o seis y había un policía secreto a quien conocía todo el mundo, pues a más de ser tuerto de un ojo, gastaba un mechón con el que se lo tapaba.

¡Ah! Pero el Señor Comandante era una verdadera institución.

Se llamaba don Miguel Larrea, vestía generalmente de charro y comenzaba su ronda, caballero en un tordillo rodado en punto de las seis de la tarde.

La silla del tordillo estaba toda recamada de plata; del propio metal eran las cachas de su pistola, la empuñadura de un gran mandoble que gastaba a la siniestra y las espuelas que tintineaban como campanitas consagradas. Su figura, como la de mi tío Luis, era, también, quijotesca y cuando subía o bajaba por

las empinadas calles de San Miguel, los cascos de su caballo sacaban chispas de las piedras de bola del empedrado de entonces.

Estalló el 18 de mayo de 1911 el motín que produjo incendios y saqueos en la población, en cuenta la destrucción del Palacio Municipal y la pérdida de inapreciables archivos que se remontaban a la época del virreinato y a partir de ese día no se volvieron a tener noticias ni del señor Comandante, ni de su cuaco tordillo rodado, ni de su silla recamada de plata, ni de su mandoble, ni de sus espuelas.

Que se sepa, no actuó, como debería haberlo hecho en el motín de marras, en el que tomó parte muy principal "La Pistioja", que se las tenía juradas a Larrea.

Antes del acontecimiento que, por cierto, conmocionó a San Miguel hondamente y rompió muchos vínculos amistosos entre sus vecinos e hizo que se anudaran otros deshechos hacía ya mucho tiempo, Larrea empavorecía a los sanmiguelenses como una visión apocalíptica: era el brazo fuerte de la autoridad, por medio del cual se ejecutaba su justicia.

No creo yo en la crueldad supuesta de don Miguel Larrea: se le odiaba y se le temía simplemente por el cargo que desempeñaba y porque representaba a una de tantas ramas del gobierno perpetuo de don Porfirio, de don Joaquín Obregón González, gobernador eterno de Guanajuato y del doctor don Ignacio Hernández Macías, jefe político perpetuo de San Miguel, con sus correspondientes alianzas con caciquillos de poco más o menos y también a aquel orden desesperante que sólo turbaban los hilitos de agua que iban por en medio de las calles, provenientes de los manantiales de "El Chorro" para regar las floridas huertas del barrio de San Juan de Dios.

Del señor Comandante se decía que tenía metido al diablo en el cuerpo, lo mismo que su caballo y que por eso sacaba chispas en el empedrado; pero también se decía que a altas horas de la noche, pasaba hecha un huracán por las desiertas calles, la carroza que conducía a don Baltasar María de Sautto, muerto hacía cientos de años y que tiraban de ella cuatro caballos negros que echaban lumbre por los hocicos.

XIII



OCABAN LAS campanas del reloj de la parroquia las cinco de la tarde y todavía no se apagaba su eco, cuando aparecía en el zaguán de mi casa Amado el panadero, llevando un gran canasto en la cabeza, en la que se mantenía por un verdadero milagro de equilibrio y dos enormes canastas pendientes de cada uno de sus brazos.

Canasto y canastas encerraban verdaderos tesoros del arte tahoneril, pues estaban repletos de chamucos, alamares, chilindrinas, pelucas, esponjas, estribos, campechanas y qué sé yo cuántas cosas más.

Nunca he podido desentrañar el secreto que permitía a Amado tener el don de la ubicuidad, pues en San Miguel todo el mundo merendaba a las cinco de la tarde “a las cinco en punto de la tarde”, como dijo García Lorca de la muerte de Sánchez Mejías y héte aquí que Amado surtía a todas las casas de mi tierra.

No acababa de marcharse Amado, después de habernos provisto del pan nuestro de cada día, cuando hacía su aparición Marianita Pérez, encarnación clásica de las viejecitas chocolateras que llegaba a saborear el Soconusco con nosotros.

Marianita, con quien tenía pleito casado mi tío Pancho por el rancho de “El Cimatario”, que quería apropiarse contra toda razón y sólo por sus chifladuras de negocios grandes y chicos, hacía caso omiso del absurdo pleito y nos veía a nosotros como cosa suya.

Fue Marianita hermana de Tata Luz, vieja ama de gobierno de mi abuelo materno, que la tomó a su servicio cuando enviudó y de cuya casa salió porque el buen señor imaginó unas tercerías en favor de pretendientes de una de sus hijas, ya que el novio no era de su gusto. Tata Luz era inocente.

Marianita sabía historias de toda la gente y las contaba sabrosas de amoríos y de adulterios, sin dársele un ardite que las escucháramos los menores y hasta dialogaba con nosotros.

—Imagínate nada más, m'ialma, que Fulanita no es hija de Menganito, sino de Perenganito, y que Zutanita no es hija de quien ella cree que es su papá, sino de don Fulano de Tal... y ¡cállate m'ialma! porque si seguimos platicando, resultará que ni tú eres Samaniego, ni yo Pérez...

—¡Marianita, por Dios!...

—Bueno... bueno, es un decir: porque mira que gentes como las tuyas, ya no las hay en estos tiempos.

—Déme un cigarro, don Joaquín —decía Marianita a mi padre— porque si no, esto parecería una conversación de perros.

—¿Por qué Marianita?

—Porque los perros no fuman.

Usaba la viejecita un vestido que, en sus tiempos, debió haber sido negro, pero que tenía un definido color de ala de mosca y un tápalo del propio color. Sus faldas eran de enorme vuelo y gastaba unas faltriqueras insondables en las que hacía desaparecer bonitamente tal cual alamar o rosquilla de manteca que tomaba de la charola del pan. Todo fue bien hasta que un día un canecillo pelón, de los llamados "ixquintles" y al que mi padre solía meter en su cama creyendo que su calor era bueno para curar sus reumas, le dio una tarascada atraído por el tufillo del pan y por poco la deja sin faldas.

Marianita se puso del color de su vestimenta y ofreció mil disculpas. De allí en adelante no volvió a sufrir menguas la charola del pan de nuestra merienda.

XIV



AQUÍ TENGO que recordar a otra de mis tías, doña Manuela Malo, "Meme", en el lenguaje familiar e hija de mi "tío grande". Era larga y erecta como una lanza, regañona, devota y escrupulosa a más no poder. Vivió toda su vida frente a la parroquia y al fallecer mi tía Mariana, que fue su prima y cuñada, asumió la presidencia de la cofradía de "La Vela Perpetua" de la que fue Hermana Mayor y ocupó igual cargo en la de los "Cocheros de Nuestro Amo", que le correspondía por extensión. Tomó la cosa muy a pechos y suponía que ambos altos cargos eclesiásticos le daban fueros y prebendas para hacer y deshacer en el templo y fuera de él.

En efecto, le daba por ejercer funciones muy fuera de sus encomiendas archicofradiles y coscorroneaba a los muchachos que lloraban en el recinto sagrado, cubría la cabeza en forma azás brusca a las mujeres a quienes se les había caído el chal, el rebozo o el tápalo; hacía callar a quienes conversaban en voz alta y corría con un gentil puntapié a los canes que deambulaban por el templo, aunque tal menester hubiese estado encomendado al perrero, así por las costumbres como por los cánones.

Por lo demás, en lo privado era una señora llena de las virtudes acrisoladas que los Malo de su generación tuvieron.

Murió a los noventa y tantos años de su edad y fue, en sus últimos días, lo que había sido mi bisabuela en los suyos: cabeza respetada de todos los Malo y de quienes entroncaron con ellos o sea, como quien dice, todas las gentes decentes de San Miguel.

En sus mocedades vivió como todas las damas de su rango; pero muerto su marido, iba como el Señor Rey don Felipe "toda

de negro hasta los pies vestida" lo que hacía resaltar su pres-
tancia y hacía más interesante su empaque.

Solía ir con sus hijas a misa de once y como mi madre y nosotros hacíamos lo propio, no dejaban las dos señoras, al salir del Santo Sacrificio, de echar un rato de paliqne sobre los eternos y sobados tópicos de enfermedades, rezos, bodas y buen o mal estado del tiempo.

Comenzó mi tía, como todos y todas las de su casta, a en-
canecer muy pronto y dio en la flor de teñirse el pelo; más,
bien fuera por la mala calidad de los tintes que usara para tal
efecto o porque en esos tiempos no existieran los salones de be-
lleza y apenas si se sabía que en la ciudad de México había uno
llamado de Godefroy o por negligencia en aplicarse las pinturas
con regularidad, el hecho es que su cabeza tenía un color torna-
solado que hubiera envidiado el más orgulloso de los pavos reales
y tal tornasol se hacía más patente y lucía más gayos colores
al filo de las once y media del día, que era la hora en que salía-
mos de misa.

Una vez, y luego de la conversación entre tía y sobrina y
pasados los abrazos y las despedidas, dije a mi madre cuando
íbamos ya camino a casa:

—Oye, mamá, ¿qué son muy malas las hijas de mi tía Meme?

—No, hijo. ¿Por qué?

—Porque ya le sacaron canas verdes.

El día que murió mi tía, sus hijas la vistieron de manola, la
pintaron, le colocaron una gran peineta de carey, una mantilla
y la sentaron en un sillón en la sala de la casa.

Llegaban los dolientes, hacían una caravana al cadáver de
tal manera dispuesto y preguntaban:

—¿Y dónde está doña Manuelita?

—Pues allí. . . ¿qué no la ve usted?

Se horrorizaban deudos y amigos y se hacían lenguas de se-
mejante cosa. Allí estuvo la difunta durante cuatro días, hasta
que comenzó a descomponerse y hubo necesidad de que intervi-
nieran las autoridades para que se le diera cristiana sepultura,
lo que no pudo lograrse sin grandes dificultades para meterla
en la caja, pues la buena señora estaba tiesa.

XV



NO CABE DUDA que mi tío abuelo don Francisco de Paula Lámbarri y Malo, cuya mano pidió a mi bisabuela el señor obispo Sollano, tuvo mala suerte, pues no le tocó disfrutar de las vacas gordas de Puerto de Nieto. Esto lo trastocó y ocupó toda su longeva vida —murió de noventa y tantos años— en pelear contra todo Dios por el que él llamaba “el negocio grande”, o sea, el de la heredad perdida y el “negocio chico”, representado por una demanda que había enderezado contra la familia Pérez, empeñado en hacerse de un rancho llamado “El Cimatario” y en sacar, de aquí y de allá, algunos pesos a sus allegados y amigos para las estampillas de sus pleitos, estampillas que, en sus tiempos, eran precisas para litigar.

En sus mocedades fue rubio y tenía los ojos azules, como todos sus hermanos y hermanas, con excepción de mi abuela que los tenía de color café. Gastaba una barba que le daba una semejanza con el infortunado emperador fusilado en Querétaro y me profesaba un gran cariño, lo que no le impidió demandarme por pago de pesos, aunque jamás le debí un solo centavo.

Estaba yo una tarde en el jardín principal de San Miguel, cuando se me acercó y me dijo con la mayor seriedad del mundo:

—Sobrino: a pesar de lo mucho que te quiero, he tenido que demandarte.

—Pero ¿por qué, tío? Que me conste, no te debo nada.

—Eso crees tú; pero algo me debes del “negocio grande”.

—¡Tío, por Dios! Si ese negocio terminó antes de que yo naciera.

—Sí, pero mi hermana, tu abuela...

—Mira —le dije— no aleguemos más. ¿Por cuánto es la demanda?

—Hasta eso, por poco: trescientos pesos nada más.

—¿Qué te parece que transemos?

—Bueno... pues por tratarse de ti, transaremos.

Y transamos por cincuenta pesos, de los de antes, que le entregué en el acto, no sin que me diera recibo de finiquito, que firmó y estampilló debidamente.

Terminado el trato, me dijo:

—Pues si no dispones otra cosa que mandarme, me voy ahora mismo para México.

—¿Para México? ¡Pero si el tren ya pasó hace dos horas y no habrá otro hasta mañana! —hay que advertir que en ese tiempo no había otra manera de viajar que por ferrocarril— así que te irás a caballo...

—No —me contestó— me voy como siempre: en el coche de San Fernando... ratitos a pie, ratitos andando.

—Pues tío, ¡qué te vaya bien!

Y emprendió a pie la caminata, sin otro bagaje que un cartucho de hojalata en el que guardaba los papeles de sus pleitos, ni más dineros que los cincuenta pesos que acababa yo de darle, ni más ayuda que un palo pinto que le servía de báculo.

Frisaba por aquellos días en los setenta y pico de años, lo que no le impidió llegar a la ciudad de México ocho días después y al siguiente de su arribo se presentó en la Suprema Corte de Justicia de la Nación a la que enderezó un escrito que comenzaba como todos los suyos: "Francisco de Paula Lámbarri y Malo, con sus derechos atropellados, pero siempre pendiente de la Carta Magna..."

Así era el hombre: a nadie le hizo mal, más que con la tinta de huizache, usada por tinterillos y escribanos, con el que redactaba sus inútiles escritos.

XVI



S MIGUELITO Malo —Miguel tenía que ser para cumplir con los de su casta— y causante de la trágica muerte de Fanor y Alieta, es farmacéutico recibido en la Universidad de Guanajuato, aunque jamás haya preparado pócima alguna, ni elaborado pildoras, ni mezclado agua con azúcar cande y alguna esencia para engañar a los rancheros, vendiéndoles tales potingües como “agua de contraespanto”, “agua de contralatido”, “espíritus de golondrina” o polvos para enamorar, con que los boticarios de mi tierra suelen engañar a los labriegos y a las doncellas cándidas. lo mismo que a los mozos tímidos.

Es, además, el cronicón de la familia Malo “e islas adyacentes”, rey de armas, genealogista, director de una academia de arte, arqueólogo, ex diputado y qué se yo cuántas cosas más.

Recorre el hombre las calles de San Miguel, las sube y las baja poniendo inyecciones de toda especie a cuanta gente las necesita, a unos les cobra y a otros no y es popular y querido de todos.

Tuvo entre sus enfermos a un señorita ya entrada en años, llamada Julita y sobrina de un presbítero. Esta Julita siempre llamó la atención por su traza, pues en la época en que las damas se pintaban con moderación, ella parecía un payaso de feria. Su indumentaria acusaba un atraso de, por lo menos, medio siglo con la moda corriente y era pudibunda y recatada como una colegiala.

Precisó la cuitada los servicios de Miguelito, lo mandó llamar y él acudió presto a servirla.

—Vamos a ver, Julita, aquí manda el doctor que le ponga una inyección intramuscular profunda —dijo Miguelito leyendo la receta.

—¡No, don Miguelito... No señor profesor! A mí no me pone usted una inyección de ésas...

—Pero, Julita, si así lo manda el doctor.

—¡Ay, don Miguelito de mi alma! ¿No dice usted que la inyección ha de ser intramuscular profunda?

—Exactamente, Julita, para que dé los resultados apetecidos.

—No, don Miguelito: yo no me presento ante su Divina Majestad con una inyección así... ¿No sabe usted que antes de que llegue una ante la Santa Presencia de Dios, viene un arcángel y la “arrevisa”? Yo quiero llegar a las mansiones celestiales tal y como vine a este mundo: con mi palma de virgen bien limpia y reluciente debajo del brazo, ¿pero con una inyección así? ¿Por Dios, don Miguelito, que ese señor doctor debe estar “desacomulgado”! ¡Váyase, váyase de aquí y déjeme morir en paz y llegar limpia al cielo...! ¡Glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se llena de gozo...!

Y roció a Miguelito con agua bendita, mientras continuaba rezando la Magnífica a toda voz. El tuvo que salir más que de prisa ante la ira de su frustrada paciente, la que a los pocos días entregó el ánima al Hacedor, ante cuya presencia debe haber llegado limpia como una patena, ya que los pringues de su rostro no deben haber manchado su alma.

XVII



AS! ;YA dimos con el tesoro...! Pero no, la relación, como siempre, se nos había vuelto carbón. Tal me ocurrió muchas veces en cuanta casa de San Miguel tenía una hornacina con la imagen de la Virgen de Loreto, patrona de los señores de la Canal, mis antepasados y que horadé como un tuzo en busca de peluconas del tiempo de los virreyes.

Una de estas casas, que estaba casi en ruinas, era la llamada Casa de Albéniz, que no ostentaba piedra de armas, ni imagen de la virgen, pero que estaba llena de leyendas de aparecidos y de tesoros ocultos. Jamás he podido saber por qué se la llamaba de Albéniz, ni nadie ha podido explicarme el significado de esta cuarteta que aprendí siendo niño:

*“La casa de Albéniz
tiene cuatro pilas,
todas rodeadas
de maravillas...”*

Porque tal como yo la alcancé, la dichosa casa no tenía ya no digamos cuatro, pero ni siquiera una sola fuente o llave para el agua: era una ruina que se venía abajo, lo mismo en techos que en paredes y que habitaba, claro que sin pagar renta, una especie de bruja que me besaba la mano cada vez que topaba conmigo.

Hacerla de gambusino en la casa de Albéniz, me costó muy buenos pesos y jamás, ya lo dejo dicho, encontré un solo ochavo.

Pasaron los tiempos y con ellos me llegaron los días de penuria y como nadie trae un profeta en ancas, vendí la dichosa casa en mil pesos. Hoy vale cincuenta mil.

Pero antes de venderla y muerta la bruja que la habitaba, la di, sucesivamente, a diversos paupérrimos que jamás me pagaron un centavo de renta.

Uno de sus últimos ocupantes fue un herrero, padre de un politiquillo a quien le decían “Rana Parada” y que llegó a la casa “de las cuatro pilas” sin tener ni los veinte reales del bautismo.

El herrero —¡oh secretos insondables de la diosa Fortuna!— colocó su yunque en una de las habitaciones de los bajos de la casa y a los cuantos días por poco y se desmaya al notar que el peso del mamotreto había hundido el piso. Trató de levantar y poner de nuevo en forma su instrumento de trabajo y en la operación se dio cuenta de que había dado con el tesoro tan ansiado y vanamente buscado: cuatro tinajas llenas de pelucanas virreinales que ocultó discretamente.

Mas, como “amor, dinero y cuidado no puede ser disimulado”, según reza un antiguo proloquio, a poco andar se notó que nuestro Vulcano estrenaba ropas nuevas y que su hijo “Rana Parada” lucía costosos, sí que chabacanos anillos en sus manos y un reloj de oro y de repetición, de los que hicieron el orgullo y las delicias de nuestros abuelos.

Mucho dinero hay todavía enterrado en las casas de San Miguel y, que yo sepa, jamás han ido a los bolsillos de quienes tienen derecho a él. Esperaremos al día del Juicio Final, cuando, según Marianita Pérez, el arcángel Gabriel dará un trompetazo y mandará que todo el mundo resucite y que se vaya “cada hijo con su padre y cada peso con su dueño”. Esto será, naturalmente, después de la boruca y así, ya no tendrá importancia alguna.

XVIII



VIVIERON Y VIVEN en San Miguel muchos españoles: hoy es cada día menor su número, pues ya no es negocio comprar y vender semillas, a lo que la mayoría se dedicó enriqueciéndose con ello y además, aunque sea triste decirlo, mi tierra está convertida en una colonia yanqui, que abarca todas las actividades. La mayoría de los iberos llegaron jóvenes a mi tierra, se casaron con muchachas del lugar y tuvieron hijos que hoy son mexicanos. Los que en San Miguel murieron, esperan el trompetazo del arcángel Gabriel para el Juicio Final en las diversas iglesias, después de haber dormido el sueño eterno en el viejo panteón de San Juan de Dios.

Entre todos los españoles de ayer y de hoy que se avecindaron en mi ciudad nativa, se destaca la figura de Fidel García Dobarganes, con una leyenda de mentiras y de exageraciones digna de recordarse, pues aunque no fue andaluz, sino asturiano, tenía una imaginación que rivalizaba con cualesquiera de los nacidos en las tierras del Betis.

Venía de la rama de un famoso dentista de su tierra, Panes, del que se decía:

*“Dobarganes, el de Panes,
saca muelas sin dolor.
¿Sin dolor? Sí señor:
sin dolor de Dobarganes”.*

Antes de meterse a semillero, tuvo Fidel una cantina y deleitaba a sus parroquianos contándoles, entre otras cosas y entre copa y copa, mientras jugaban al dominó, sus incomparables e inconcebibles aventuras: había toreado mano a mano con "El Gallo", había cantado en el coro de la Capilla Sixtina, y había peleado en la guerra ruso-japonesa.

Tenía un humor excepcional de cantinero y cuando alguien, por quitame allá esas pajas, le recordó a su progenitora, en lugar de montar en cólera o soltar una bofetada al maldiciente, respondió con una flema digna de algún súbdito de Su Majestad británica:

—¡Recontra...! ¡Pero si yo no tengo madre, porque soy hijo de una tía!

Tenía genio excepcional de cantinero, pero no el alma de los que suelen medrar con las aficiones de los devotos de Baco, ya que no adulteraba las bebidas, fiaba a todo el que se lo pedía; le pagaban los que querían y los que no, no —y de ellos hubo muchos—, se iban con el santo y la limosna.

En vista de ello, Fidel cerró el negocio y se convirtió en comerciante en granos y semillas. Allí tampoco le fue mejor. Pudo haber ganado mucho dinero en sus nuevas actividades, pero seguía siendo de manga ancha: daba dinero a todos los que se lo pedían, desatendiéndose de cobrar a sus deudores cuando consideraba que no podían pagarle o que la cosecha había estado mala.

Así las cosas, se declaró en quiebra y sus acreedores, menos generosos que él, se unieron para embargarle lo poco que le quedaba. Mientras tanto, Fidel puso pies en polvorosa y se refugió en Guadalajara.

Alguno, de entre los acreedores de Fidel, fue razonable y de acuerdo con el "gato" Rocha, abogado también excepcional, propuso a la mayoría de los afectados por la quiebra que concedieran a Fidel un plazo para pagar. Se llegó a un entendimiento y se acordó telegrafiar al fugitivo diciéndole que volviera a encargarse de su negocio, que se le concedía un año para liquidar sus deudas y que gozaba del apoyo y de la simpatía de todos.

Y como se pensó, se hizo: volvió Fidel, trabajó duro, apretó

bien los cordones de su bolsa y antes del año había pagado hasta el último quinto, pues la temporada de lluvias resultó propicia, las cosechas fueron buenas y la experiencia hizo recapacitar al honrado, sí que desprendido comerciante.

Limpia, pues, su hacienda y sintiendo que los años se le venían encima con más ligereza que nunca, decidió hacer el que resultó ser su último viaje a España a donde partió gozoso, permaneciendo en la tierra de sus mayores más de seis meses.

Cuando volvió, se reunió en la estación del ferrocarril un numeroso concurso que acudió a darle la bienvenida. Allí estaban la mayor parte de sus viejos acreedores, que llevaron una charanga y comisionaron a unos cuantos chiquillos para que hicieran estallar cohetes y tocaran matracas.

—¡Contra...! —dijo Fidel al bajar del tren y darse cuenta del recibimiento. —¡Recontra...! ¡Se ve que saben que traigo un millón de pesetas en el bolsillo...!

¡Y el hombre había vuelto sin un quinto!

XIX



HABÍA Y TAL vez lo haya todavía, en la sacristía del templo de La Concepción de San Miguel, popularmente conocido como “Las Monjas”, un retrato al óleo de su fundadora y del convento aledaño, mi remota pariente Sor María Josefa Lina de la Canal y Hervás y Flores, que me tenía enamorado.

Jamás vi en un rostro, ni en un retrato de mujer, expresión más dulce, ojos más bellos, boca más cautivadora.

Como yo, por cuestiones de familia y porque el capellán del templo, que lo fue el padre Sandi, me había sacado de pila, gozaba en el templo de ciertos fueros, me colaba en la sacristía de tarde en tarde a contemplar la efigie de la monjita; me pasaba las horas muertas frente a ella y sólo abandonaba la sacristía cuando el sacristán me indicaba que era hora de cerrar. Y me iba llevándome en el alma la visión de la fundadora, cuyos huesos yacen hace más de doscientos años y probablemente ya hechos polvo, en el coro bajo el santo recinto.

Tiene la iglesia, en su entrada principal, un gran cancel de madera pintado de azul, que acuerda el tiempo de su fundación, con máximas morales escritas en negros caracteres en cada uno de sus paneles. De niño, me las sabía de memoria: “La conciencia es a la vez, testigo, fiscal y juez”; “De tus hijos sólo esperes, lo que con tu padre hicieres”; “Ama a Dios y ama a tu hermano: esta es la ley del cristiano”. Menos mal que no se le ha ocurrido a nadie borrar estas sabias sentencias, ni modernizar la letra con que están escritas.

Crecí, pero mi mocedad no me impidió seguir enamorado del retrato de doña María Josefa Lina, mal pese a mis primeras novias y repetía, de tarde en tarde, mis incursiones a la sacristía. Después, paseaba por el atrio o cementerio del templo y me solazaba viendo morir al sol entre los cipreses centenarios que allí crecen y observando los vuelos de los murciélagos y las lechuzas, que a esas horas comienzan a salir de sus nidos para emprender sus aventuras nocturnas.

Aquella tarde, el crepúsculo había sido más hermoso que nunca y ello que en San Miguel pueden verse las puestas de sol más maravillosas del mundo y me encontraba ensimismado contemplándolo. El sol se hundía en medio de una fiesta de verdes, de amarillos, de azules y de rojos.

En ello estaba, cuando vi atravesar el atrio a una de mis primas con las que tenía amores. Me olvidé de la puesta de sol, del retrato de doña María Josefa Lina y de todo, para ir al encuentro de la mujercita rubia y ojiazul que tenía delante.

Frisaba mi primita en los quince años y era dulce e ingenua como una monja concepcionista.

—¿Cómo te va preciosa?

—Muy bien, ¿y a ti? ¿Qué andas haciendo?

—Vengo de confesarme —mentí cínicamente.

—Pues a eso voy yo también.

—No has de tener muchos pecados...

—Menos que tú, seguramente...

—¿Por qué no me das un beso?

—Anda, sinvergüenza... ese sí que es pecado y grave...

—No es cierto: si acaso, es pecado venial que se perdona por “una de estas nueve cosas”, como dice el catecismo del Padre Ripalda. Ni siquiera tienes que confesarlo: tomas agua bendita y ya...

Y tras de mucho rogarle y de decirme que era yo un hereje que iba a condenarme y, en fin de ponerme pinto y como yo insistiera en lo del beso, me dijo con voz dulce e ingenua:

—Bueno... pues sí... ¡pero déjame cerrar los ojos...!

XX



HABÍA EN EL atrio del templo de San Juan de Dios, contiguo al hospital y al panteón del mismo nombre del Bienaventurado, una fuente cantarina circundada de bancas de ladrillo y era costumbre acudir allí todos los viernes de Cuaresma a comer lechugas y pacholes, que son unas tostaditas de sabor, composición y textura especiales, luego de haber rezado el Viacrucis en la iglesia y de haber ofrendado amapolas a la imagen del Señor de la Columna.

Esta venerada escultura del Redentor, me causaba gran tristeza y conmiseración en la niñez, pues era y es la representación más viva que verse pueda de la crueldad y del dolor.

Dos sañudos sayones, ataviados a la usanza de los soldados romanos del tiempo de Pilato, flagelan a Jesús con disciplinas y garfios. De la frente del Nazareno brotan rojos coágulos de sangre y sus espaldas se miran rojas, amoratadas, hechas garras. Tales sayones empavorecían a los párvulos, edificaban a las beatas y enfervorecían a los devotos indígenas, de entre los cuales uno, llevando la voz, cantaba a todo pulmón:

*“Ya lo meten, ya lo sacan,
ya lo vuelven a sacar . . .
ya le pegan los doscientos
en su santo costillar . . .”*

A lo que la multitud contestaba a coro:

“¡Ay, carambas...! ¡qué aguantar!”

Y luego:

*“Santísimo «menumento»
hijo del Eterno Padre...”*

Y respondían los cofrades:

*“¡Libra Virgen del infierno
a quien reza tu rosario...”*

Había otros cantos y jaculatorias que se me han olvidado, pero recuerdo ésta:

*“Elevemos nuestros cantos
y venido a ver; ¡p’a qué?
¡P’a cantar las alabanzas
de Jesús, María y José...!”*

Después, la grey rezaba el rosario, guiada por algún presbítero que en tono gangoso llevaba una parte de la devoción desde el púlpito y al final y luego de las aspostillas clásicas bendecía a los fieles que, al unísono, se daban un monocorde golpe de pecho que repercutía en cien o más cajas torácicas; se rezaba el “Bendito” y todo concluía con un “amén” que hacía retumbar las bóvedas del templo.

En tiempos de sequía, peste u otras calamidades públicas, se llevaba a San Miguel, con escala en la iglesia de San Juan de Dios, la imagen de Nuestro Padre Jesús Nazareno, venerada desde tiempo inmemorial en el cercano Santuario de Atotonilco.

La caminata se iniciaba por filo de la media noche y llegaba a San Juan de Dios con los primeros rayos del sol, previo un alto antes de trasponer el Arroyo de la Arena para echar un “tente en pie” y reponer fuerzas.

Ya en San Juan de Dios y previos zahumerios de copal y de incienso, se repetían a toda voz las “alabanzas” que se habían cantado durante toda la noche de caminata y se proseguía la marcha hacia la parroquia.

En alguna ocasión, diluviaba por el camino, los romeros creían en el milagro, pero llegaban al final de su destino bien empapados y no dejaba de mojarse la venerada imagen de Nuestro Padre Jesús, cuando el agua no daba tiempo para cubrirla con la presteza debida.

XXI



¿CÓMISTIMA QUE haya sido clausurado hace ya algunos años el viejo panteón de San Juan de Dios...! A mí me habría encantado salir volando de allí hacia el Valle de Josafat para la boruca del Juicio Final, resucitando de alguna arcaica y carcomida tumba que hubiera tenido esta leyenda: "A Perpetuidad".

En la barda donde se abre la puerta principal del cementerio, había escrito en caracteres de principios del siglo pasado, un soneto, cuyos versos finales decían:

*"Y somos, al final de la jornada,
polvo, ceniza, vanidad y nada..."*

Sí: yo habría estado hecho nada allí, durante un sin fin de años, pero en el último día de los tiempos, habría resucitado y con alas propias, que, sin duda serían mejores que mis piernas, emprendería el último viaje, con el riesgo, eso sí, de darme un panzaso por el camino.

La hoy clausurada necrópolis me recuerda los borreguitos de alfeñique, las "frutas" de pasta de almendra y otras golosinas que sólo podían gustarse en mi tierra el día de Todos los Santos. Me recuerda, también, la "ofrenda" que de muchachos y como reminiscencia de las antiguas costumbres de los indios, poníamos en la sala de mi casa a mis abuelos y a un hermanito muerto en la infancia; el fiambre que el Día de Muertos se comía en to-

das las casas de San Miguel y mis primeras inquietudes sobre la muerte.

También trae a mi memoria el primer sepelio al que asistí en mi vida y que fue el de Rosita Corona, hija de mi padrino de confirmación y el segundo, que fue el de mi compañero de escuela Uvertino Vega, muerto cuando apenas si tenía doce años de edad.

Me recuerda, asimismo, a cuatro infelices a quienes vi fusilar frente a sus bardas, siendo yo ya mozo y a otro, compañero de los anteriores, que logró escaparse del pelotón con cinco tiros en la caja del cuerpo, metiéndose entre una cerca de magueyes y a quien me encontré años más tarde vivo y coleando.

Me hace pensar, también, en las primeras calaveras reales que vi en mi vida y que se amontonaban en su osario sin orden ni concierto, ya que las calaveras de azúcar las conocía de sobra desde mis más tiernos años y me renueva las tristísimas impresiones de la tarde en que dejamos allí el cadáver de mi madre, tarde que me dejó clavado en el cerebro aquello de Becquer:

“Dios mío, ¡qué solos se quedan los muertos!”

El panteón de San Juan de Dios tenía un delicioso encanto romántico, unas tumbas de más de cien años, unos encantadores epitafios, muchos de ellos en versos de la época de Espronceda y Zorrilla y un osario que empavorecía con sus montones de calaveras, tibias y fémures, sí que también otros huesos mondos y lirondos, pero cuya contemplación era obligada, por no sé qué curiosidad morbosa, todos los días dos de noviembre.

En sus altos cipreses anidaban tecolotes y lechuzas, cuyo fúnebre canto a la hora del Tiziano ponía los pelos de punta.

Alguna vez, del brazo de la novia, se me ocurrió recitarle aquellos versos de Lorenzo Stechetti:

*“Del sol poniente, a las postreras luces,
sola, enlutada, reprimiendo el llanto,
mi tumba buscarás entre las cruces
del mudo y solitario camposanto...”*

Ella se enterneció, brotó de sus azules ojos una lágrima y quiso besarme. Yo no lo permití por parecerme que era una profanación. Tal vez por eso y aquella tarde, se acabó el idilio.

Un tecolote pasó volando muy cerca, cantó lúgubrementemente y yo pensé, aunque sin ser indio, que me moriría muy pronto. Tal vez, por ser criollo, ando todavía dando guerra.

XXII



OR LA NOCHE del Viernes de Dolores, eran de verse en San Miguel los altares levantados a la Virgen de los Siete Puñales en numerosísimas casas. Si no se tenía confianza con los dueños, se les podía ver por la ventana, pues siempre se alzaban fentre a una, generalmente la correspondiente a la sala; si se tenía amistad con alguien de la familia que había puesto el altar, se entraba a la morada y luego de cumplimentar a sus dueños, obsequiaban éstos a sus visitantes con un sabroso vaso de agua fresca, de chía, de limón o de horchata, o bien con una copita de vino de membrillo o de rompope hecho por la señora.

¡Y había que ver algunos de tales altares! Quien más, quien menos, se empeñaba en ponerlo a todo lujo, desplegando como fondo el tápalo de burato de la señora o la sobrecama de Damasco rojo que casi nunca se usaba como tal, sino que dormía en los roperos junto con las sábanas de lino usadas, acaso, con ocasión de la visita de algún pariente rico y, en contados hogares, con la de algún diputado o señor obispo.

Rodeaban a la imagen de la Dolorosa los mejores floreros de que podía disponerse, multitud de esferas doradas, verdes, azules o color de rosa e innumerables velas de cera en sus correspondientes candeleros de azofar y abundancia de macetitas y petatitos sembrados con trigo verde. No faltaban las naranjas forradas de papel plateado y con una banderita sostenida con un palillo de dientes clavado en la fruta.

El altar de más postín, era el que ponía en su casa don Felipe Ortiz, casa cuyas puertas estaban abiertas y francas para todo aquel que quisiera trasponerlas.

Don Felipe se había enriquecido vendiendo carnitas de “puerco y puerca” —que, sin perdón, así se llaman, como dijo Cervantes—, birria, chanfaina y otras menudencias del Rastro. Tenía un prominente vientre y era atento y obsequioso por demás.

Apenas estaba uno en el cubo del zaguán, cuando aparecía él llevando en las manos una gran charola para ofrecer a su visitante un vasito de agua fresca o bien una copita de coñac “Gautier”, que era el de moda entonces o de catalán “Fon”, aguardiente tan fuerte que si se le aplicaba un cerillo ardía hasta consumirse.

Hasta para quienes visitaban la casa de don Felipe por primera vez, era muy sencillo orientarse, ya que en la puerta de cada una de las habitaciones lucía el correspondiente letrero indicador: “Recámara de don Felipe”, “Sala”, “Baños de Mar”, “Comedor” y si alguno de los visitantes tenía necesidad de hacer aguas mayores o menores, poco se tardaba en ver el consiguiente letrero, escrito en inglés macarrónico que decía: “Water Clos”.

Relucía el altar de Dolores de don Felipe como ningún otro en la ciudad. La imagen de la “Capitana del Martirio” era de tamaño natural, muy bella y muy bien alhajada; los cirios, casi del tamaño de los pascuales; las esferas, enormes, bellos los floberos, los candeleros relucientes, abundantes las esferas, el trigo y las naranjas doradas y plateadas y de excelente calidad las colchas y los tápalos que encuadraban el escenario.

Pero lo más notable eran las guarapetas que pescaban algunos de los devotos visitantes empujando el codo más de lo debido con coñac y catalán, gracias a la generosidad, la devoción y la opulencia de don Felipe debida a las carnitas y a los chorizos.

Él mismo comenzaba a trastabillar con las primeras luces de la madrugada del día siguiente, hora en que ya se habían consumido la mayor parte de las velas y se retiraban, más o menos zumbos, los últimos y devotos visitantes.

XXIII

HUBO, EN SU tiempo, tres boticas y tres farmacéuticos o “profesores” en San Miguel y boticas y profesoras son dignas de “felice recordación”. Las boticas eran las de San Juan de Dios, del profesor don Desiderio Hernández; la de Guadalupe, del profesor don Antonio Rodríguez y la del Sagrado Corazón, del de igual título don José María Vega.

Cada botica abrigaba su tertulia correspondiente, es decir: cada una era un mentidero y un recortadero de todo lo que pasaba en el pueblo, de lo que había pasado y de lo que podía pasar y cada una tenía su color político definido e intolerante.

A la botica de San Juan de Dios acudían los liberales sanmiguelenses, encabezados por mi padre y por mi padrino el licenciado don Antonio Corona. Los dos pudieron haber sido figuras de la Revolución si ésta no hubiera sido como fue y ellos no se hubieran muerto tan a destiempo. También acudían, aunque sus ideas fueran un tanto reaccionarias, como se dijo después, mi tío Pancho Malo, mi tío Luis del propio apellido, el doctor Lazo y algún otro.

A la botica del Sagrado Corazón concurrían los burócratas, algún señorito bien y dos o tres españoles, que si no eran carlistas, habrían merecido serlo. También iban algunas señoras de “la alta” que echaban su palique, hablando de los eternos tópicos femeninos con Lupe, hermana del señor profesor propietario, que se pasó allí toda su vida preparando y despachando recetas y fue

siempre bondadosa y amable con todo el mundo. Heredó el negocio de su hermano y morirá detrás del mostrador y con cincuenta mil pesos de botámen en los anaqueles, seguramente.

La tertulia de la botica de Guadalupe, propiedad del profesor don Antonio Rodríguez, trascendía a copal e incienso y la formaban el cura, un sacristán a quien le decían “trácala bendita” y otros beatos.

Don Antonio estaba siempre enfundado en una gran bata blanca y era pulcro, bondadoso y amable, así con sus tertulianos, como con sus clientes. Se negaba a vender engañifas, como “polvos para enamorar”, vendía al justo precio las medicinas y era honrado a carta cabal.

Fue devotísimo de la patrona de los mexicanos y de ahí que honrara su botica con su nombre. Padre de varios hijos, todos de color blanco, tuvo uno que salió azás moreno y a quien se le quedó Juan Diego por su color parecido al del indígena a quien se apareció la Señora del Tepeyac, aun cuando al bautizarlo le pusieron el nombre de Francisco. Él y yo somos hermanos de leche, ya que su progenitora nos amamantó a los dos.

Sería por el color de Pancho o por la devoción a Nuestra Señora de Guadalupe, el caso es que don Antonio mandó hacer una escultura de Juan Diego y la regaló a la parroquia, en donde estuvo muchos años en el altar consagrado a la Reina de México; pero no faltó cura ignorante al que le pareció antiestética la representación del indito de Atzacapotzalco y la arrumbó en la sacristía del templo, donde permaneció relegada por mucho tiempo. De allí la sacó el actual cura de San Miguel, Monseñor Mercadillo y, hombre de luces, la restauró y mandó fuera colocada en donde estuvo primitivamente.*

Alguien le preguntó al cura que mandó relegar la imagen de Juan Diego qué razones le habían impulsado a ello y contestó muy orondo:

—¿Pero cómo vamos a tener en el altar la figura de un indio que ni siquiera es santo y con unos calzones tan feos?

* *Al entrar en prensa este libro, Monseñor Mercadillo ha dejado de ser cura de San Miguel. A ver si el nuevo párroco no destierra de nuevo a Juan Diego, indigestado por el Concilio Ecuménico Vaticano II.*

El pobre señor tenía más puntas y ribetes de indigena que el propio Bienaventurado en cuyo ayate dejó impresa su figura la Reina del Cielo y, de seguro, que en los días de su niñez, debió haber usado unos calzones iguales a los de Juan Diego.

XXIV



UNA DE MIS tías, Lolita Lámberry y López de Ecala, tenía simpáticas y andaluzas ocurrencias: no en balde por su padre, mi tío Miguel Lámberry Malo —otro Miguel de los innumerables de la familia, llevaba sangre andaluza en las venas.

Lolita escribió en alguna ocasión lo que llamó donosamente: “Lista de las Personas que me Chocan” y comenzaba así: “Me chocan don Antonio Rodríguez, su mujer y cada uno de sus hijos”; “me chocan Carmona y su perro”; “me choca el Padre Guardián, sea quien fuere”, y, así seguía hasta completar treinta o cuarenta nombres de gentes chocantes para ella.

Este Carmona, que le chocaba a Lolita, era cuñado de don Antonio Rodríguez y su perro un gosquecillo llamado “El Adalid”, casi faldero y que le seguía por todas partes.

Por las noches, Carmona que era un tanto enamorado, se iba a ver a una recatada damisela con la que tenía amores, convenientemente disfrazado con una capa española, sin contar con que la presencia de “El Adalid” bien sentado junto a la ventana de la cuitada, denunciaba la suya “intra muros”, aunque él se hubiera colado protegido con su disfraz.

Carmona era la antítesis de su cuñado don Antonio, a quien jamás se le conoció devaneo, ni se le oyeron palabras altisonantes, ni se le vio de otra guisa que enfundado en su bata blanca, mientras estaba en su botica o vistiendo una severa levita negra y tocado con un sorbete de siete reflejos cuando discurría por las calles de San Miguel.

Don Antonio practicaba la caridad sin alardes, era meticoloso en todas sus cosas y de una honradez acrisolada que le hizo abandonar la ciudad y buscar refugio en su nativa Querétaro, porque no pudo pagar ¡quinientos pesos!, que le exigía un usurero. Cuando se marchó, dejó abandonados bienes por valor de miles de pesos.

Aparte de su fervor guadalupano, don Antonio fue un apasionado de San Miguel y de su héroe epónimo don Ignacio de Allende, del que decía, no sin razón, que no se le había hecho justicia. Recopiló muchas historias y especialmente de la participación de los sanmiguelenses en la guerra de Independencia y murió administrando un hotel en Querétaro, cuando ya había traspuesto la edad de noventa y cinco años.

Jamás cambió su indumentaria: siempre enlevitado, siempre de sorbete, siempre metido en su pulcra bata blanca cuando estaba en su botica o en el hotel que administraba y siempre se desprendió del poco dinero que ganaba para darlo a quien tenía menester de él.

Todavía me parece ver su figura magra y avellanada, alargarse, como en los espejos de risa, detrás de las grandes garrafas de agua verde, azul o roja, pues solían cambiárseles los colores, que eran ornato de su botica o achaparrarse reflejado en las esferas de reflejos lunares.

Aún me parece verlo despachando papeles con polvos para el dolor de estómago o haciendo píldoras, y todavía saboreo los trozos de azúcar cande que solía regalarme y por la que nunca me quiso recibir un solo centavo.

¿Por qué le chocaría a Lolita y por qué le chocarían su esposa, sus hijos, Carmona y El Adalid? Y, ¿por qué no le sería simpático a mi tía el Reverendo Padre Guardián de San Francisco, hubiera sido Fray José Sánchez Primo, que era simpatiquísimo y bonachón u otro cualquiera?

XXV



EL DESPACHO QUE mantenían mi padre y mi padrino, el licenciado Corona, era conocido en San Miguel como “El Areópago” y en verdad que a él concurrían, especialmente por las noches, las cabezas pensantes de la población.

Jamás se encendió en su recinto ni una vela, ni un quinqué, ni un foquillo eléctrico. La tertulia discurría en tinieblas y sólo se advertían, de vez en cuando, las pequeñas llamas de las cerillas con que los tertulianos daban fuego a sus puros o a sus cigarrillos. Ello daba a la reunión la apariencia de un nido de luciérnagas.

En “El Areópago” se conspiraba, aunque teóricamente, contra el régimen porfiriano; se escribía un periodiquillo semanal llamado “El Heraldó”; se hablaba mal de todo el mundo y se comentaban todos los acontecimientos, así locales, como nacionales e internacionales.

A la mortecina luz de una cerilla, se consultaba frecuentemente el diccionario de la Academia Española o bien un código o un periódico rezagado y se confirmaba el viejo dicho que reza: “Campanas, lenguas y limas, en San Miguel las hay finas.”

Porque, ¡qué finas eran las lenguas de los señores areopagitas!

La tenían tomada especialmente contra las autoridades locales, contra los españoles y contra los advenedizos y no se les escapaba ni rey, ni roque.

De ser en México lógica la política, todos los contertulios habrían ocupado importantes puestos al triunfo de la Revolución, pero ocurrió todo lo contrario, pues todos los concurrentes a la tertulia, salvo el licenciado Corona que murió ocho o diez años antes de ella, fueron a dar, sin excepción, a la cárcel bajo los graves cargos de retrógrados y reaccionarios. Algunos fueron llevados ante pelotones de fusilamiento, aunque escaparon el pellejo; a otros, se les impusieron préstamos forzosos y a todos se les persiguió a pesar de sus ideas revolucionarias bien probadas y aquilatadas.

Uno de los muchos informadores de los areopagitas, era Nito Caballero, conductor de los tranvías que bajaban desde un costado de la plaza principal hasta la estación de los ferrocarriles, casi por impulso propio, dado el pronunciado declive entre un punto y el otro y subían de regreso tirados por ocho o diez mulillas, entre las maldiciones y los chicotazos de los cocheros.

Nito era de una buena familia venida a menos y muy bien educado. Cuando alguien le preguntaba en la estación la hora en que llegaría el tren, contestaba muy comedido:

—Ya falta menos... ya falta menos.

Con lo que, sin mentir, dejaba satisfechos a todos.

Nito llevaba al Areópago las nuevas del día: heló en tal rancho; llegó fulano; se fue perengano; zutano está lleno de deudas; doña Menganita dio a luz anoche...

En cierta ocasión informó Nito del nacimiento del vástago de un conocido personaje. Y, ¿qué fue? —preguntaron los areopagitas.

—Mujercita —dijo el señor Caballero.

Y hubo un coro de alabanzas para las niñas, para sus virtudes, para su dulzura, para sus encantos...

La opinión era unánime: los hombres eran unos sinvergüenzas que abandonaban el hogar, eran parranderos, enamorados, etcétera.

—Sí, está bien —dijo mi padre cazarraamente— estoy de acuerdo con ustedes, pero no me podrán negar que no es lo mismo Samaniego arriba, que Samaniego abajo...

XXVI



ISABEL EL CARGADOR, era chaparro y fuerte como una encina y lo mismo se echaba sobre las espaldas un piano de aquellos verticales que tanto se usaron en la mayoría de los hogares cuando todavía ni se soñaba ni siquiera en las pianolas, ni menos en la radio o la televisión y que constituían el ornato de las casas bien puestas y de las niñas bien educadas, que entretenían sus ocios y solazaban a las visitas con el “Club Verde” o “Sobre las Olas”, que a un muchacho respingón y mal aprovechado que no quería ir a la escuela.

Yo fui llevado a las aulas de esta guisa y muchas veces bien atado al mecapal de Isabel, con la soga que le servía para los menesteres de su oficio.

Isabel era cliente perpetuo de “La Montañesa”, tienda de abarrotes de mi padre, que más le servía para tomar la copa con sus amigos, que para hacer negocio y que contaba con su correspondiente piquera.

Para las diez de la mañana, ya se había echado Isabel entre pecho y espalda un cuarto de litro de mezcal; para el mediodía ya había trasegado otra medida igual del jugo de las verdes magueyeras y completaba su buen litro y medio para las seis de la tarde.

Ello no le impedía cumplir con los encargos que se le encomendaban y decía que el mezcal aumentaba sus fuerzas. Murió de noventa y tantos años y todavía cargaba fardos pesados poco antes de su tránsito de esta vida terrenal a la eterna.

El recuerdo de Isabel me trae aparejados los de otros clientes de "La Montañesa", que eran por demás pintorescos.

Entre ellos se cuenta Lanchazo, amigo de mi padre desde sus mocedades y que hacía acto de presencia en la tienda todas las mañanas, apenas se abrían sus puertas.

—Joaquinito —le decía a mi padre— no tienes más novedad que hoy amanecieron las ollas de mi casa a la funerala.

—Vaya, pues Lanchazo. Y para que las pongan en posición de firmes, aquí tienes esa pesetilla.

Por aquel tiempo con una peseta, podía comer toda una familia.

Una vez le dio al Jefe Político por aplicar la ley de la vagancia y Lanchazo fue una de sus víctimas.

Lo metieron en chirona y al día siguiente compareció ante la "consigna" y el secretario, encargado de fijar las multas o determinar la pena corporal, le pidió sus generales. Lanchazo contestó puntual y verazmente, pero cuando le preguntaron: ¿de qué vive usted?, respondió muy orondo: "Mire, señor, pregúnteme de qué muero y le diré que de hambre."

Soltaron a Lanchazo, quien, por cierto, era de buena familia acabada en punta y para consolarse se gastó una de las pesetas proveniente del bolsillo de su amigo don Joaquín en sabroso mezcal de "La Montañesa", con lo que pescó una papalina de órdago y fue a dar de nuevo a chirona, haciendo compañía a Isabel el cargador, quien raras veces paraba en ella, pues era de natural pacífico y de borrachera tranquila.

Lanchazo tenía otras buenas ocurrencias y por las noches solía gastarse algo de lo que había sableado en la mañana, pidiendo al dependiente de la tienda "dos largas y tres redondas", es decir: dos velas de estearina y tres tablillas de chocolate, con lo que él y los suyos hacían una parva colación y alumbraban su casa.

Lanchazo y sus gentes tomaban el chocolate diluído con agua, lo que les valía una magra y quijotesca figura.

XXVII



OR LAS CALLES del Reloj y en los bajos de la casa llamada “de las conspiraciones”, hubo un tendejón en el que se vendían chiles en vinagre, encurtidos, estropajos, velas de sebo y estearina, pasas en aguardiente, cohetes, saltapericos, escobas y otras menudencias.

El fuerte del tendejón y lo que le daba fama, eran los chiles y los encurtidos. El dueño del establecimiento se llamaba don Pepe, era chaparrito y regordete y todo el mundo le conocía como a “don Pepe en Vinagre”. El apodo era de los más apropiado, tanto por los géneros que le daban fama a su tendejón, como por el aspecto y el tufillo del dueño, pues don Pepe era, en efecto, del aspecto de un chile encurtido y trascendía a vinagre de tíbicos.

Antes de ser dueño de aquella odorífera miscelánea, don Pepe estuvo al frente de otra de más categoría, propiedad del Jefe Político a quien el “señor en vinagre” visitaba por las noches para rendirle cuentas de la marcha del negocio y entregarle el producto de la venta diaria.

Vivía al lado del “mandamás” eterno de San Miguel, una sobrina de su esposa, solterona vivaz y ocurrente, conocida en familia como “María la Hilacha”, quizá por lo magro de su figura y que siempre estaba presente en la tertulia del médicoalcalde.

Llegaba don Pepe con el producto de las ventas de la tienda y lo depositaba en un colotito, puesto para el efecto en una de

las consolas de la sala y antes de despedirse con un ceremonioso “que pasen ustedes muy buena noche”, decía invariablemente:

—Doctor: ahí puse... —Y se iba.

Chocóle un día la cantinela a María la Hilacha y dirigiéndose al dependiente ponedor, le dijo:

—¡Oigame, don Pepe: tenga mucho cuidado!

—¿De qué, doña Mariquita? —contestó el infeliz azarándose, pues pensó haber cometido alguna falta o que se dudara de su honradez.

—Pues que de tanto poner, no se vaya a volver gallina.

Al salir de la escuela, que estaba cerca, la chiquillería invadía el tendejón de don Pepe, compraba chiles, encurtidos y, sobre todo, pasas en aguardiente. La calle del Reloj, a las cinco de la tarde, era una de las más animadas del pueblo.

Cerca del tendejón de don Pepe, vivía un señor a quien todos conocían por su apodo de “El Renegado”: tenía cara de sayón de Semana Santa, gastaba una barba negra y tupida y era de apariencia judaica y profética.

Ya se sabía: cuando “El Renegado” estaba en el cubo del zaguán de su casa, repantingado en una mecedora y rodeado de su esposa e hijos, era porque poco antes, había armado un San Quintín y repartido palos a diestra y siniestra, ostentándose luego en la paz del hogar tranquilo y tibio para que se dijera de él que era un dechado de mansedumbre y de virtudes domésticas.

Pasábamos los chiquillos a toda prisa frente a la casa de este extraño personaje, camino de la morada de mi bisabuela o de mi padrino que vivía cerca, pues nos empavorecía su catadura y temíamos que nos echara mano para darnos una buena entrada de palos.

XXVIII



EL SANTUARIO DE Atotonilco, del que el Cura Hidalgo tomó la imagen de la Virgen de Guadalupe para que sirviera de bandera a la Insurgencia el mismo día del Grito de Dolores, tiene una leyenda de milagrería y edificación que arranca desde los tiempos virreinales. A él acuden penitentes de todo el país en busca de la remisión de sus culpas y asisten a tandas de ejercicios espirituales en los que no faltan ni los silicios, ni los ayunos, ni las penitencias más crueles.

Cuéntase que en una época, el reverendo encargado de tales ejercicios, hacía volar a la media noche un gran muñeco de cartón, a la manera de los “monos” que se hacen estallar en las festividades de San Miguel Arcángel y de otros santos, representando al Enemigo Malo en toda su infernal fealdad. A medio vuelo —cosa que se conseguía pasando el figurón a través de una cuerda tendida de un lado a otro del patio de la Casa de Ejercicios— se hacían estallar los cohetes de que iba bien relleno el mamotreto y el estallido y las llamas ponían pavor en el ánimo de todos los ejercitantes y les llenaban de edificación. A la mañana siguiente las confesiones eran tantas, que había necesidad de esperar horas y horas para acercarse al Tribunal de la Penitencia y las limosnas acrecían las arcas del Venerable Clero.

Había, además, muchas otras cosas que amedrentaban a los ejercitantes, la Llorona, entre ellas y cuyos lamentos estaban a cargo de una experta plañidera que ponía los cabellos de punta con sus alaridos a los numerosos pecadores.

El Santuario goza de una especie de extraterritorialidad en

la hacienda de Atotonilco, donde se asienta, pero ello no impide que los dueños del predio ejerzan jurisdicción en sus aledaños y cobren sus buenos pesos por permitir los expendios de cacahuates y otras frutas, los de muéganos, charamuscas y demás golosinas en las que los penitentes gastan los pocos centavos que les quedan después de haber pagado los gastos de su largo viaje y de su estancia en la Casa de Ejercicios.

Uno de tantos dueños de Atotonilco, fue un señor llamado don Ignacio Aguado, quien, entre otras particularidades, tenía la de robarse a sí mismo, pues sustraía del cajón de las ventas de una tienda que en la hacienda tenía, dos o tres pesos, mientras el dependiente salía, enviado por él, a comprarle una jicama o un cucurucho de capulines.

El señor Aguado tenía otras buenas ocurrencias y así mandó llevar a Atotonilco dos furgones de dientes y muelas de reses sacrificadas en el Rastro de la ciudad de México e hizo instalar frente al Santuario varias mesillas, como las que emplean los vendedores de fritangas y bolitas de caramelo, bien provistas de las piezas dentales de los bovinos que habían engullido las gentes de la capital y él mismo estaba detrás de una de tales mesillas pregonando a voz en cuello y muy en su papel de merolico:

—¡Lleven . . . lleven sus muelas de Santa Apolonia y olvidense de dolores de boca para toda la vida!

Los crédulos ejercitantes se llevaban su buen puñado de muelas y dientes de vaca o buey, mientras otros vendedores pregonaban:

—¡Acambareño y sabroso . . . a centavo el trozo . . . ! —vendiendo pan de Acámbaro.

Claro está que las muelas del señor Aguado se llevaban la primacía en las ventas, con gran agravio de sus competidores.

Mandó don Ignacio cavar una zanja y colocó sobre ella un ancho tablón y no se avergonzaba en pregonar:

—¡Pasen, pasen por el santo madero y lograrán indulgencia plenaria!

No le duraron mucho estos negocios, pues fueron denunciados desde el púlpito; empero, le importó poco, porque era bien rico.

Más tarde fue banquero: tenía que acabar en eso.

XXIX



LA PARROQUIA DE San Miguel ha sufrido al correr de los años infinidad de modificaciones y atentados, en cuenta el cometido con su portada, que se trocó de un estilo románico puro, a un seudogótico que despega totalmente de la arquitectura general de la ciudad y no encuadra con su cielo azul y limpio la mayor parte del año.

Alguien quiso ver en don Zeferino Gutiérrez, mediocre maestro de obras y cantero, un genio y lo dejaron hacer y deshacer hasta que perpetró el atentado y erigió el mogote que hoy, a fuerza de verlo y de escuchar las alabanzas de los legos en la materia, vemos los sanmiguelenses como un orgullo de nuestra tierra y que causa el pasmo y la admiración de los ígnaros fuereños que visitan la ciudad.

Lo que más llama la atención es saber que el primer obispo de León, don José María de Jesús Díez de Sollano y Dávalos, hombre de luces y de letras, haya ayudado a Zeferino con diez mil de “aquellos pesos” a cometer su fechoría de lesa arte.

Pero dejemos eso aparte y adentrémonos en el templo, hoy restaurado en su interior gracias al celo del cura Monseñor Mercadillo, incomprendido clérigo a quien mucho debe mi pueblo.*

Había, antes, varias lápidas mortuorias tanto en el piso, como en las paredes de la iglesia. Dos llamaban particularmente mi atención en los días de mi niñez: la de don Emeramo Pastor y Lanzagorta, que era de mármol gris y leyenda en caracteres románticos y protegida por un cristal que había opacado el tiempo

* Ver nota en el Capítulo XXIII.

y la de mi deuda doña María Guadalupe de la Canal y Lanzagorta de Lámbarri.

Me chocaba, desde luego, lo de Emeramo y jamás he conocido a nadie que lleve tan extraño nombre. Yo, recordando los daguerrotipos del tiempo en que vivió este señor, pensaba que su calavera tendría unas luengas barbas bermejas. De doña María Guadalupe me figuraba que se parecería a su prima mi bisabuela y la veía con crinolina, mantilla y peineta, esperando de esta guisa la resurrección de la carne, y con estos pensamientos me olvidaba de hincarme a la hora de la Elevación y en otros momentos de la misa en que debería hacerlo, lo que me valía buenos pescozones maternales.

Me daba lástima ver la imagen del Salvador llamada el Señor Ecce Homo, a quien yo suponía sentado en una bacin y también compadecía al Señor de la Conquista, con una gran cara de agonia y sentimiento.

Bajaba, lleno de miedo los días dos de noviembre a la cripta donde yacen los restos del general don Anastasio Bustamante, que fue Presidente de la República y me hacía cábalas de por qué se le dedicaban tantas loas en la lápida que cubre su tumba, pues ya me había enterado en la escuela de la historia de Pitagora, genovés del buque sardo "Colombo" y de la traición que causó la muerte del general don Vicente Guerrero. Bustamante murió en San Miguel a donde había ido a "cambiar temperamento" y en la cripta han quedado sus restos.

De esta cripta dijo Maximiliano, cuando la visitó al pasar por San Miguel hace un siglo para dar el Grito en Dolores, "que era digna de un panteón de reyes".

Se abre la "bóveda", como en San Miguel le decimos, los días primero y dos de noviembre para que la visite todo el que quiera y también cuando algún curioso, de paso por la población, pide que se le franquee la entrada.

En la actualidad se la ha restaurado convenientemente y ya no me parece tan lúgubre como en los días de mi puericia y es que el concepto de la muerte me cambió desde la edad de quince años en que vi fusilar a un pobre diablo junto al quiosco del jardín principal de Querétaro.

XXX

ME TOCÓ SER el que pronunció el discurso oficial en 1942, cuando se develó la estatua de Fray Juan de San Miguel, fundador de mi tierra, al celebrarse el cuarto centenario de haberse trocado de un humilde poblado de indios chichimecas, en una comunidad cristiana y civilizada, gracias al buen franciscano, en cuyo honor cambió su primitivo nombre de Ixcuinápan, que quiere decir: “agua descubierta por perros” por el del Príncipe de la Milicia Celestial, tan grato a mis parientes los Malo.

Yo había preparado mi discurso y me hallaba, la víspera del día de la develación del monumento, muy contento y tomando copas en la Posada de San Francisco, donde me alojaba gracias a la munificencia de mi amigo de la infancia Ramón Zavala, su propietario. Eran como las seis de la tarde.

Y a esa hora comenzaron a llegar gendarmes en calidad de emisarios de mi compadre “Piquín” Rocha, a la sazón Presidente Municipal, llevándome recados de su parte.

—“Ten cuidado —decía el primero de tales recados— porque a la ceremonia del monumento van a asistir muchas gentes de gobierno, entre otras, el señor gobernador, que la presidirá.”

—Dígale a mi compadre —dije al gendarme—, que pierda cuidado.

No había transcurrido media hora, cuando se apareció otro agente del orden público y me entregó otro papelito de mi compadre.

—“Además del señor gobernador, presidirá la ceremonia el ingeniero Marte R. Gómez, que no anda muy bien que digamos con el clero. Te recomiendo que midas lo que vas a decir.”

Yo seguía bebiendo con mis amigos y, entre copa y copa, seguían llegando los gendarmes mensajeros.

—“Además de quienes ya sabes —decía el último recado— estarán presentes en la ceremonia de mañana, el jefe de las armas, el provincial de los franciscanos, el señor Obispo de León, el Arzobispo de Guadalajara y don Luis María Martínez, Arzobispo de México . . . Ten mucho cuidado, por favor.”

Yo seguía aquietando a mi compadre por medio de sus correveidiles, pero los recados menudearon hasta la media noche, con nuevos nombres de personajes que iban a concurrir a “lo de la estatua” y que, en conjunto, formaban el mosaico más heterogéneo que se podría imaginar y que no se concebía en un país como el nuestro en el que el clero y las autoridades se han estado pelando los dientes por casi un siglo.

Yo ya tenía escrito mi discurso por aquello de “papelito jabla” y me fui a dormir tranquilo.

Y, en efecto: la ceremonia de develación de la estatua de Fray Juan de San Miguel, juntó, por primera vez en la historia de un siglo de la vida de México, a toda suerte de autoridades civiles, militares y eclesiásticas. Los militares, de uniforme de gala; los civiles, muy de negro y la clerecía con sotanas, roquetes, capas pluviales y magnas, incensarios, ciriales y cruz alta, todo ello a plena luz del día y en el atrio de la parroquia.

Al ver aquello, sentí que estaba frente a un gran compromiso y a pesar de mi larga experiencia microfónica, me acerqué temblando al sitio donde tenía que hablar, aunque bien sabía que tenía resuelto el problema.

Y así fue, en efecto, convertí a Fray Juan de San Miguel en revolucionario, alegando que él, como todos sus colegas los franciscanos, habían defendido a los indios contra la tiranía de los conquistadores, enfrentándose a ellos y enfrentándose hasta al rey y dije, también, que era un santo y que sus virtudes velaban sobre San Miguel desde hacía cuatrocientos años.

Y quedé bien con tiros y troyanos; recibí felicitaciones de

generales, de políticos, y del Clero secular y regular. Me senté a la mesa de algún monseñor, lo mismo que a la de un político y a las de dos o tres personajes laicos.

Allí está, desde el 29 de septiembre de 1942, la estatua de Fray Juan, abrazando a un chichimeca y velando por la antigua Ixquinápan, que ha sido, sucesivamente, congregación, villa de San Miguel el Grande y desde 1926, ciudad de San Miguel de Allende, otrora de la Intendencia y ya, por más de un siglo del Estado Libre y Soberano de Guanajuato.

XXXI

E PICÓ EL alacrán de la política y decidí, creyéndome con muy buenos apoyos, lanzar mi candidatura a diputado al Congreso de la Unión. Yo era amigo del Presidente de la República, del Gobernador del Estado, del Presidente Municipal de San Miguel y, además, sabía que mis paisanos me apoyarían sin reservas: me había educado junto con toda la “pelazón” en la escuela Benito Juárez para niños y era popular en todo el pueblo y en las rancherías que forman el Distrito Electoral.

Y me lancé a la lucha. Mis compañeros de trabajo de la XEW, en donde trabajaba desde su fundación, me organizaron un “mitin” con mariachis y toda la cosa, que fueron a mi tierra desde la ciudad de México, sin que me costara un solo centavo; me acompañaron en la aventura el legendario vate de la Llave, el licenciado Antonio Flores Ramírez, el hoy abogado y prominente político Luis M. Farías, el Bachiller Alvaro Gálvez y Fuentes y muchos otros más.

Salí con de la Llave y con Flores Ramírez a recorrer el distrito en un camión de redilas, bien provisto de palas, picos y azadones, por si nos atascábamos en alguna parte, pues era tiempo de aguas.

Y nos atascamos, en efecto. Iban con nosotros cuatro o cinco mozállones bien fornidos, que nos ayudaban a salir de los atolladeros y entre quienes empujaban el camión para que pudiéramos seguir adelante, iba uno que no hacía nada y se contentaba con sentarse a la vera del vehículo atascado, sin que le importara la situación. Picado por saber a qué se debía su pasividad, pregunté a uno de los jayanes que sí trabajaban de firme:

—¿Y por qué Agapito no mete la mano?

—¡Ay, patrón! —me contestó— ¿no ve su merced que es sencillo?

—Pues que se complique —contesté indignado.

Pero no hubo manera de complicarlo: el hombre era simple de nacimiento y se había agregado a la comitiva electoral para disfrutar del buen itacate que llevábamos.

Menudearon durante la gira las barbacoas y corrió el pulque en abundancia, que me valió pescar una infección intestinal como recuerdo de los días de la infancia. La gira fue todo un buen éxito que me granjeó 80,000 votos, contra cuatrocientos y tantos que obtuvo mi contrincante. Empero, no fui a la Cámara.

Me “guillotiné” don Benjamín Méndez, que siempre ha sido un excelente amigo mío y a quien desde entonces llamo “mi verdugo”. ¡Era mucha pieza mi contrincante y tuvieron que cortarme la cabeza!

Desde entonces no he vuelto a lanzarme por los escabrosos caminos de la política y veo los toros desde la barrera, entre otras cosas, porque ya soy viejo y otra nueva infección intestinal me convertiría en auténtico cadáver, después de otra gira triunfal, aunque infructuosa.

San Miguel ha tenido mala suerte con sus diputados: “en tiempos en que Dios era omnipotente y el señor don Porfirio Presidente” —vuelvo a citar a Renato Leduc—, fue diputado perpetuo un señor de Sautto, que hacía cada escándalo y pescaba cada guarapeta de Dios guarde la hora; ya, en tiempos de la Revolución, lo fue el famoso depredador general José Gutiérrez, que entretenía sus ocios en matar “gendarmitos”, como él decía, por las calles de la población hasta que a él le tocó estacar la zalea, matado como un perro en Dolores Hidalgo.

Los demás, no han hecho otra cosa que embolsarse las dietas y han sido tan conocidos de los electores como el Gran Turco o el Gran Mogol.

Yo no me lamento de haber perdido y he tomado mi derrota deportivamente, aun cuando nunca haya practicado otro deporte que el del “high-ball”.

XXXII



BENÉVOLO LECTOR: SI alguna vez vas a San Miguel de Allende, del estado de Guanajuato, procura ir en estado de gracia, que bendita tierra es aquella, aunque poludida por la presencia de una taifa de “ojos perjuros y barbas de azafrán” que se han apoderado de ella.

No te olvides que en sus lindes se fraguó la Independencia de México; que allí nacieron don Ignacio de Allende y Unzága, los hermanos don Juan y don Ignacio Aldama y Juan José de Jesús Martínez, conocido como “El Pípila”.

Recuerda que allí, también, vieron la luz primera el general Lucas Balderas, que se cubrió de gloria cuando la invasión norteamericana de 1847; el general Pablo Yáñez, ameritado general de la guerra de Reforma y el ilustre pensador don Ignacio Ramírez, “El Nigromante”.

No olvides que en San Miguel se constituyó el Primer Ayuntamiento del México Independiente, el mismo día del Grito de Dolores y que, donde quiera que te encuentres con una hornacina en la que esté la representación de Nuestra Señora de Loreto, está latente el recuerdo de los señores de la Canal, eméritos benefactores de la ciudad que el pueblo tituló Condes, aunque ellos nunca lo fueron por mercedes reales.

Ten presente que Fray Juan de San Miguel, su insigne fundador, fue caritativo y amigo de los pobres y como todos sus hermanos los franciscanos, protector y amparo de los pobres indios.

Haz memoria de que en su famoso Colegio Salesiano se educaron muchos hombres de pro, muchos patriotas, muchos sabios, bajo las refulgentes luces de don Benito Díaz de Gamarra, don Luis Felipe Neri de Alfaro y don José María de Jesús Díez de Sollano y Dávalos.

Date cuenta de su prestancia, de sus bellezas, de su excelente clima, de la gracia y la nobleza de sus mujeres y de la franqueza y la hidalguía de sus hombres.

Sube y baja por sus empinadas calles: haz un alto en la “casa de las conspiraciones”; deténte frente al monumento que recuerda a su fundador; visita la casa de Allende, el cuartel de la Reina, el palacio de los de la Canal. Da un paseo por el parque, sube al manantial de El Chorro, por la cañada de Guadiana; admira el milagro churrigueresco de la Santa Casa de Loreto y recógete en el viejo templo del Oratorio de San Felipe Neri.

Cada piedra, cada casa, cada esquina de San Miguel, tiene una historia que contarte.

En San Miguel se fraguó la Independencia de México. Hay allí muchas moradas de héroes olvidados y de heroínas cuyos nombres no ha recogido la Historia.

San Miguel es un relicario de la Patria. Ve a San Miguel no en busca de placeres, sino en pos de descanso espiritual y de refresco del alma.

Encontrarás allí muchas cosas que te serán gratas, como de corazón lo deseo. Amén.

LAVS DEO

SE TERMINÓ LA IMPRESIÓN DE
ESTE LIBRO, EL DÍA 28 DE MARZO
DE 1969, EN LOS TALLERES DE
"La Impresora Azteca", S. de R. L.
PONIENTE 140 N° 681, COL. INDUS-
TRIAL VALLEJO.—MÉXICO 16, D. F.